

CELCIT. Dramática Latinoamericana 213

CITA A CIEGAS

Mario Diamant

Personajes: 5

Ciego

Hombre

Muchacha

Psicóloga

Mujer

Escena I

Se escucha una música lenta y melancólica, preferiblemente un tango de Piazzolla, y luego el gorjeo de unos pájaros.

Un banco en la Plaza San Martín, en Buenos Aires. El CIEGO, un hombre de unos 65 años, ciego y medio calvo, está sentado en el extremo derecho. Erguido, inmóvil, viste impecablemente de traje y corbata y se apoya en un bastón de caña.

Entra el HOMBRE. Tiene unos 50 años. Viste también de traje y corbata. Lleva el pelo muy corto, en un estilo que desentona con el resto de su personalidad. Trae un maletín. Se lo ve nervioso, inseguro. Hecha un vistazo ligero al CIEGO, pero no se fija realmente en él. Tras un momento de indecisión, saca un pañuelo y desempolva el extremo opuesto del banco. Se sienta, un tanto incómodo al comienzo, con el maletín entre los brazos. Se recuesta en el respaldo, tratando de relajarse. Se afloja la corbata. Saca un teléfono celular y tras un instante de duda, lo apaga. Mira alrededor. Su vista se detiene en un objeto frente a él. HOMBRE (Después de mirar unos instantes el objeto distante.) Disculpe... Por

casualidad, ¿sabe qué árbol es ese?

CIEGO ¿Me habla a mí?

HOMBRE Sí, a usted, perdone. Le preguntaba si conocía el nombre de ese árbol.

CIEGO ¿Cual?

HOMBRE El alto ese, de enfrente...

CIEGO Es un jacarandá. En la primavera se cubre de unas flores azul-violáceo muy lindas. Debe haberlas visto...

HOMBRE Sí, ahora que lo menciona, me parece haberlas visto, gracias...

El HOMBRE se vuelve para agradecerle. En ese momento, repara en que el CIEGO tiene los ojos cerrados.

(Tímidamente.) Disculpe. No me había dado cuenta. Usted es ciego...

CIEGO ¿Yo? No.

HOMBRE ¿No? (Turbado.) Perdone. Pensé que no veía.

CIEGO No veo, pero no soy ciego.

HOMBRE (Confundido.) No sé si lo entiendo bien...

CIEGO Hay gente que es ciega a pesar de tener la vista intacta. Otros no pueden ver, pero no son ciegos.

HOMBRE (Sonríe.) Ya veo...

CIEGO ¿Está seguro?

HOMBRE (Inseguro.) ¿Cómo que si estoy seguro?

CIEGO Bueno, mucha gente dice que ve cuando no ve nada. ¿No lo ha notado? Yo mismo digo muchas veces "ya veo", cuando en realidad no veo...

HOMBRE (Ríe, intimidado.) Se nota que le gustan los juegos de palabras...

CIEGO Bueno, en mi condición, lamentablemente, no tengo mucho para elegir...

Pausa.

HOMBRE (Observa al CIEGO con curiosidad.) Disculpe, ¿usted no es el escritor?

CIEGO ¿Yo?

HOMBRE Sí. Es el escritor, ¿no?...

CIEGO Bueno, en realidad, dicen que me parezco a él. Pero, como se imaginará, yo no tengo forma de saberlo...

HOMBRE (Vacila.) ¡Me está tomando el pelo!

CIEGO No, se lo digo de veras.

HOMBRE (Admirativo.) Ahora lo reconozco perfectamente. ¡Claro que es usted! Lo vi una vez por televisión. No me acuerdo quién le hacía la entrevista. Era uno de esos programas periodísticos... Usted hablaba de uno de sus libros... No me acuerdo cuál... Pero me quedé mirándolo porque lo que usted decía era muy interesante...

CIEGO Bueno, muchas gracias. Eso, ciertamente, es un halago.

Pausa.

HOMBRE La verdad es que no puedo decir haya leído nada suyo. Pero me prometí que lo haría apenas tuviera un poco de tiempo.

CIEGO Bueno, ahora debe tener tiempo, ¿no?

HOMBRE (Sorprendido.) ¿Qué le hace pensar eso?

CIEGO Como viene a sentarse en una plaza...

HOMBRE En realidad, iba camino de mi oficina. No queda lejos de aquí y como el día es lindo, aproveché para caminar.

CIEGO ¿Y qué pasó?

HOMBRE ¿Cómo qué pasó?

CIEGO Qué lo detuvo.

HOMBRE Bueno, nada especial. De repente pensé: nunca me he sentado en una plaza. Le parecerá ridículo, pero es la verdad... Tengo cincuenta años y nunca me había sentado así, en una plaza.

CIEGO ¿Así, cómo?

HOMBRE Digo, así, a no hacer nada...

CIEGO Y decidió hacerlo...

HOMBRE Sí.

CIEGO ¡Bravo! ¿Y cómo se siente?

HOMBRE Bueno, no sé... Un poco culpable, quizás...

CIEGO ¿Culpable?

HOMBRE Es que a esta hora ya debería estar en mi oficina. Tengo una reunión muy importante a las 11. (Consulta el reloj.) Ni le avisé en mi secretaria. (Sonríe, travieso.) Hasta apagué el móvil...

Pausa.

Nunca había hecho una cosa así. No sé qué me dio. Yo soy el primer asombrado...

Como se imaginará, no se llega a mi posición actuando irresponsablemente.

CIEGO ¿Y cuál es su posición?

HOMBRE Soy vicepresidente de un banco. Un banco pequeño. Recién en los últimos años hemos empezado realmente a crecer...

CIEGO Pero, ¿qué hace exactamente?

HOMBRE Estoy en el área de bienes raíces... Proyectos inmobiliarios... centros comerciales... torres de oficinas... Ese tipo de cosas...

CIEGO (Sin convicción.) Parece muy importante...

HOMBRE Por la forma en que lo dice, casi suena a ironía...

CIEGO No, todo lo contrario. Como se imaginará, yo no entiendo nada de bancos.

El dinero, en general, nunca me apasionó. Me gusta gastarlo, como todo el mundo, pero nunca me he preocupado mucho por él. Tal vez por eso, la idea de un banco siempre me intimida. Toda esa gente dedicada a contar billetes...

HOMBRE (Sonríe.) Ya nadie cuenta billetes.

CIEGO (Sorprendido.) ¿No?

HOMBRE La mayor parte del dinero que circula en el mundo es virtual.

CIEGO ¿Virtual? ¡Qué curioso! ¿Y cómo es eso del dinero virtual?

HOMBRE Son transacciones que se hacen en la pantalla de una computadora. En realidad, nadie ve ese dinero, ¿comprende? Son débitos y créditos que circulan a través del sistema, números que se suman o se restan.

CIEGO Bueno, es un poco lo que me pasa a mi. Cuando salgo a caminar, la empleada que trabaja en casa me pone dinero en el bolsillo, pero nunca sé cuánto me pone. Y cuando tengo que pagar por algo, le digo a la gente que se cobre. Yo mismo me he vuelto un poco virtual en ese sentido, ¿no le parece?

Pausa.

HOMBRE Perdóneme la curiosidad, pero... ¿cómo sabe que el árbol ese de enfrente es un jacarandá?

CIEGO Bueno, todavía lo recuerdo de la época en que veía. Además esos árboles tienen un olor muy particular, ¿no lo ha notado? Y ese otro árbol, el de esas

ramas enormes, ahí en el centro... (Señala.) Ese es un gomero. Debe tener más de cien años. Es el ejemplar más grande de la ciudad.

HOMBRE ¡Es extraordinario!

CIEGO Esos son árboles muy pendencieros, ¿sabe?

HOMBRE ¿De veras? Nunca me imaginé que los arboles pudieran ser pendencieros.

CIEGO ¡Oh, sí! Estos crecen por encima de otros árboles y terminan matándolos.

HOMBRE ¿Por qué los matan?

CIEGO Bueno, nadie ha podido nunca preguntárselo. Pero la presunción es que se trata de una cuestión de territorialidad.

HOMBRE (Admirado.) ¡Fascinante! Yo no conozco nada de árboles. Me parecen todos iguales. Creo que es la primera vez que me pongo a mirar uno en detalle. Tampoco conozco nada de flores. Excepto las más comunes, claro. Las rosas, los claveles... ¡Pero no me pregunte qué cosa es una begonia! Cada vez que tengo que mandarle flores a mi esposa, le pido a mi secretaria que lo haga... Me da vergüenza admitirlo... Uno vive en esta ciudad tan alocadamente que ni se da tiempo de mirar, ¿no es así? Seguramente hay un mundo de cosas por ver que uno se está perdiendo...

CIEGO Bueno, si lo dice por mi, yo ya no tengo remedio...

HOMBRE (Se ruboriza ante la gaffe.) No, disculpe, claro... No me refería a eso...

Pausa.

¿Usted viene seguido?

CIEGO ¿Adónde?

HOMBRE Aquí, a la plaza.

CIEGO Casi todos los días. Cuando el tiempo lo permite, claro. Pero el comienzo del otoño es la mejor época. Después se pone muy frío y un poco cruel... Pero me gusta el olor de los primeros días de otoño, cuando la humedad afloja y el aire se vuelve más puro...

HOMBRE ¿Y en qué piensa?

CIEGO (Asombrado.) ¿En qué pienso?

HOMBRE Sí, digo, cuando viene a sentarse aquí.

CIEGO Bueno, pienso en muchas cosas, como se imaginará. ¿Por qué? ¿Usted en

qué piensa?

HOMBRE Bueno, yo, en realidad, todavía no tuve tiempo de pensar en nada.

Pausa.

¿En qué cosas piensa? Disculpe mi curiosidad...

CIEGO Bueno, no sé... generalmente pienso en historias fantásticas... o en libros que he leído. Otras veces pienso en cosas que me han pasado... O en las cosas que nunca me han pasado... A veces pienso en la muerte.

HOMBRE Y hoy, por ejemplo, ¿en qué pensaba? Me refiero, antes de que yo llegara... Si no le importa decírmelo, claro...

CIEGO Pensaba en una mujer... En realidad, en un desencuentro...

HOMBRE ¿Un desencuentro?

CIEGO Bueno, todo desencuentro es siempre un gran enigma. Es lo que pudo ser y no fue, el vector que tuerce el rumbo de la historia. Imagínese si Napoleón no hubiera encontrado a Josephine en la casa de la Rue Chantier; o si Lenin se hubiera saltado la sesión del grupo de estudio donde conoció a la Krupskaya. La historia del mundo hubiera sido diferente, ¿no le parece?

HOMBRE Bueno, sí. Me imagino que sí.

CIEGO ¿Alguna vez se ha puesto a reflexionar acerca de la compleja trama de coincidencias que demanda un simple encuentro? Este encuentro entre usted y yo, por ejemplo... ¿Qué probabilidades reales existían de que usted y yo nos encontráramos? ¿Qué probabilidad existe de que dos personas desconocidas se encuentren en una ciudad de diez millones de habitantes? ¿Una en mil millones? ¿Una en un billón?

HOMBRE (Intimidado.) Las estadísticas nunca han sido mi fuerte...

CIEGO Naturalmente, habría que tomar en cuenta una cantidad de variables que afectan la probabilidad. La edad, la condición social, el marco de interés, la circunscripción geográfica dentro de la cual esas dos personas se mueven... Yo, por ejemplo, llevo una vida rutinaria, pero usted nunca antes se había sentado en el banco de una plaza... Eso hace que este encuentro sea menos probable que el de dos personas que tienen una rutina parecida, ¿verdad? De todos modos, una vez que todos esos parámetros se han determinado, la probabilidad de que esas

dos personas se encuentren sigue siendo extremadamente remota, ¿no le parece? Añada a eso el amor...

HOMBRE Usted lo hace verdaderamente difícil...

CIEGO ¡Pero lo es! Todo encuentro casual tiene la complejidad del universo.

Piense, simplemente, en la infinita suma de insignificantes detalles que podrían haber conspirado para que usted y yo no nos encontráramos... Si el día hubiera amanecido más frío o lluvioso, por ejemplo, yo no hubiera venido... Algo tan trivial como un botón faltante en el saco podría haberme demorado, porque yo soy muy obsesivo con esas cosas... Si usted hubiera elegido tomar un taxi, en lugar de caminar... Si algún conocido se lo hubiera cruzado por la calle y lo hubiera invitado a tomar un café... ¿Interesante, verdad? Mire, una vez, en París, cuando era joven, subía por la escalera mecánica del Metro, en el Boulevard Saint Michel, cuando advertí a una muchacha que venía en sentido contrario. No puedo describirle el impacto que ella causó en mí... No fue solo su belleza, que era notable, ni la frescura de su juventud, sino también la exquisita simpleza con que vestía... Todavía la recuerdo... Tenía una de esas polleras plisadas color marrón, que se usaban en la época, y un suéter color pastel... Y llevaba un libro que apretaba contra el pecho, cuyo título alcancé a descifrar... Era "La educación sentimental", de Flaubert... Lo cual fue muy curioso, porque algún tiempo después, cuando volví a Buenos Aires, tuve que dar una conferencia precisamente sobre Flaubert.... Ella también se fijó en mí... Recuerdo que tenía unos ojos muy grandes e intensos que revelaban una gran inteligencia... Y en ese instante, creamé, tuve la certeza de que esa muchacha era el amor inevitable, el que había estado esperando toda la vida... Todo esto, como se imaginará, sucedió en una fracción de tiempo, porque mi escalera subía y la de ella bajaba... Sentí el impulso de saltar al otro lado y hablarle, pero por indecisión no lo hice. Y cuando llegué a la puerta de salida, supe que me arrepentiría toda la vida de no haberlo hecho. Pasé una noche horrible, llena de angustia y ansiedad... Al día siguiente volví a tomar el mismo Metro, a la misma hora, en la misma estación... Repetí todos mis pasos, exactamente... pero ella no apareció... Hice lo mismo durante toda una semana y a la semana siguiente

comencé a alterar algunos de los tiempos... Un día tomaba el Metro anterior y al otro, el siguiente... Pero fue inútil... Nunca más la volví a ver... Creo que no pasa un día sin que piense en ella... ¿Quién era? ¿Cuál era su nombre? ¿Cómo habrá sido el timbre de su voz? ¿Cómo sería su risa y el calor de su cuerpo? ¿Quién habrá tenido el privilegio de amarla y de ser amado por ella? ¿Qué rumbo podría haber tomado mi vida si la hubiera encontrado? ¿Habré dejado también en ella una memoria imborrable? ¡Qué misterio tan cruel e insondable!, ¿verdad?

Pausa.

HOMBRE (Conmovido.) ¿Era en ella en quien pensaba?

CIEGO Sí, pensaba en ella. Con el agravante de que, ahora que no veo, ni siquiera podría reconocerla aunque pasase al lado mío, ¿se da cuenta? Se ha perdido irremediablemente en la bruma de mi ceguera.

Pausa.

HOMBRE Perdóneme que le pregunte... ¿Usted no ve nada?

CIEGO Sombras... A veces veo sombras... Y un color...

HOMBRE ¿Uno solo?

CIEGO Sí, uno solo. El amarillo... Por lo visto es el último de los colores en borrarse de la retina.

HOMBRE La ceguera me resulta incomprensible.

CIEGO ¿Sí? ¿Por qué?

HOMBRE No sé... No sabría cómo vivir...

CIEGO ¿Y ahora sabe?

HOMBRE (Desconcertado.) ¡Qué pregunta tan rara!

CIEGO ¿Por qué le resulta rara?

HOMBRE No, es que... bueno... por lo visto es un hombre de una extraordinaria intuición... La verdad es que, en estos momentos, estoy pasando por una especie de crisis... ¡La crisis de la mitad de la vida! Suponiendo que vaya a vivir cien años... (Se ríe.) Tengo que admitir que últimamente tengo la sensación de no entender muy bien mi propia vida. Quiero decir, de pronto, hasta las cosas más simples se me han vuelto complicadas... Tome mi trabajo, por ejemplo... Llevo veinticinco años en el banco. ¡Un cuarto de siglo! ¡La mitad de mi vida! Ocho

horas diarias... A veces diez. Nunca nadie me ha preguntado si me gusta hacerlo... ¿No le parece extraño? Ni mi mujer, ni mis hijos, ni mis amigos, ni mis colegas... ¡Nadie! Todo el mundo da por sentado de que esto es lo que hago y, en consecuencia, esto es lo que soy... Pero a nadie se le ha ocurrido preguntarme, por ejemplo, si me gusta la gente con la que trabajo... ¡Hay cien personas trabajando en ese banco! Paso más tiempo con ellos que con mi familia... Pero le digo la verdad, no significan nada para mí. Si los viera por la calle los esquivaría. Pausa.

Nadie tiene sueños allí adentro. Solo ambiciones, pequeñas mezquindades. El otro día, uno de los gerentes, Palmieri, tuvo un ataque al corazón. Se quedó ahí seco sobre el piso de su oficina, que está justo al lado de la mía. Blanco como un papel. La boca abierta, los ojos desenfocados... ¿Sabe qué pensé? Pensé: "Palmieri se esta muriendo." Es todo lo que pensé. Lo conocía desde hacía más de veinte años. Casi empezamos juntos. Nunca estuve en su casa ni él en la mía. Y ahí se estaba muriendo y no me importaba. Quiero decir, lo único que sentí fue curiosidad. Ver a la muerte llegar es bastante impresionante, particularmente si uno conoce al sujeto. Pone todo en perspectiva... Por otra parte, estoy seguro de que si hubiera sido yo el que estaba en el piso, tampoco le habría importado a él. Durante el funeral me pidieron que dijera unas palabras. No sabía qué decir. No sabía nada de Palmieri. Ni bueno ni malo. En veinte años, nunca le pregunté nada que no tuviera que ver con el banco. Ni él a mí. No sé si era feliz o infeliz. Tampoco me importaba. ¿Sabe lo que descubrí? Descubrí que coleccionaba trenes a escala. Me lo dijo la viuda. Tenía varias vitrinas llenas de estos trenes... ¿Una tontería, verdad? Pero para mí fue una revelación. Ojalá me hubiera contado alguna vez de sus trenes... ¿Por qué no lo hizo? Su oficina ha estado vacía desde entonces, pero a nadie le preocupa, no hace ninguna diferencia. (Levanta la voz.) ¿Se da cuenta de lo que estoy tratando de decir? ¡No hace ninguna diferencia!

CIEGO Estoy seguro que con el tiempo iré teniendo otra perspectiva...

HOMBRE No, porque hasta ese momento, hasta la muerte de Palmieri, yo era como los demás, ¿comprende? No me daba cuenta... Ya no... Ese es el gran

salto... Ahora aprendí.

CIEGO (Curioso.) ¿Qué fue lo que aprendió?

HOMBRE Aprendí a levantar la vista, eso aprendí. No es poca cosa. Aprendí a mirar alrededor, a descubrir cosas. Como los árboles... Bueno, quizás a usted le parezca una minucia, pero, créame, en el medio en que yo me muevo, la gente no acostumbra a plantearse cuestiones existenciales... Están demasiado ocupados en hacer plata. Yo era así. Toda mi vida ha girado en torno del dinero. Todo lo que aprendí en mi vida tenía que ver con el dinero. Mi padre era un inmigrante. Llegó a la Argentina sin un centavo. El dinero siempre fue muy importante para él... En casa no se hablaba de otra cosa.... El decía: "O uno lo tiene de cuna o lo hace". Esta era toda su filosofía de la vida. De modo que para mí, hacer dinero fue como una misión. No había otra, ¿comprende? Por eso me sorprendió lo de los trenes de Palmieri, me sorprendió más que su muerte...

Pausa.

¿Sabe? Me llamó mucho la atención algo que dijo....

CIEGO ¿Qué cosa?

HOMBRE El amor inevitable.

CIEGO ¿Dije algo del amor inevitable?

HOMBRE Bueno, dijo "Ella era el amor inevitable". Me refiero, cuando me contaba de esa chica del Metro de París...

CIEGO ¿Sí? No me di cuenta. ¿Y por qué lo sorprendió?

HOMBRE Nada. Una coincidencia... Hace un tiempo conocí a alguien que dijo eso mismo... Una mujer...

CIEGO Ya veo...

HOMBRE (Admirado, sonríe.) ¡Ahí está! Ahí lo dijo...

EL CIEGO ¿Qué dije?

HOMBRE "Ya veo." Dijo "ya veo".

CIEGO (Se ríe.) ¿Lo dije?

HOMBRE Sí.

CIEGO Se lo advertí.

HOMBRE Si no me lo hubiera dicho, no lo habría notado.

Pausa.

¿Usted piensa que las cosas que nos suceden son inevitables?

CIEGO Bueno, lo inevitable implica un determinismo, la decisión de una voluntad superior y, naturalmente, esta ha sido, en ciertas culturas, una manera de interpretar el destino humano. Desde luego, esta es una idea muy seductora. ¡El hombre que camina inexorablemente hacia su perdición!... Hasta escribí un cuento sobre eso.

Pausa.

Lo interesante, sin embargo, es que, últimamente, la ciencia ha hecho algunos descubrimientos muy sorprendentes que nos fuerzan, por lo menos en teoría, a pensar que, tal vez, eso que llamamos destino no es, como siempre se pensó, obra de una voluntad superior, sino que, por el contrario, es la naturaleza misma de la realidad.

HOMBRE ¿A qué se refiere?

CIEGO Me refiero a que, quizás, esta realidad en la que vivimos no sea la única, sino que existen otras realidades paralelas donde, eventualmente, todo lo que es probable, sucede.

HOMBRE No entiendo. ¿Qué quiere decir con eso de realidades paralelas?

CIEGO Bueno, imagínese que fuera posible vivir más de una vida, tener más de un desenlace, como una obra con múltiples finales...

HOMBRE ¿Usted habla de la encarnación?

CIEGO No. No digo sucesivamente sino simultáneamente...

HOMBRE ¡Pero eso es imposible!

CIEGO ¿Le parece? La teoría no es nueva. Ya Demócrito creía que el mundo era, en realidad, una sucesión de mundos facsimilares que coexistían en el tiempo y el espacio, como una imagen infinitamente reflejada en dos espejos. Pero fue recién cuando la ciencia fue capaz de mirar el interior del átomo que muchas de las nociones que tenemos acerca de la realidad se derrumbaron. Porque lo que descubrieron desafiaba toda racionalidad. Descubrieron que todas las pequeñas partículas de materia, que colectivamente forman nuestro mundo, cuando se mueven dentro del átomo, no tienen ni una posición ni una dirección específica.

Pueden aparecer en un lugar o aparecer en otro, dependiendo con qué o quién interactúan. En otras palabras, estas partículas se encuentran en un estado latente, donde todas las probabilidades coexisten simultáneamente. Esto llevó a algunos físicos a concluir que el mundo, lo que llamamos la realidad, se comporta de la misma manera. Es decir que frente a una serie de alternativas, el mundo se divide en otros tantos mundos iguales al nuestro, donde todo es idéntico, excepto por esa única y diferente opción. Como cuando uno revolea una moneda. Puede salir cara o ceca, ¿verdad? ¿Pero qué pasa si salen las dos al mismo tiempo?

HOMBRE No puede ser.

CIEGO Ese es exactamente el asunto. La misma moneda cae cara en un mundo y ceca en un mundo paralelo. Claro, una vez que esos mundos se bifurcan, progresan independientemente, de modo que los que viven en un mundo no saben lo que sucede en el otro. Lo que es "presente" para nosotros, puede ser "pasado" en alguno de esos otros mundos y viceversa... Pero lo importante es que todo lo que puede suceder, sucede en algún lugar. Por ejemplo, usted y yo estamos hablando en este momento pero, a lo mejor, en una realidad paralela, usted y yo no nos hemos encontrado. Usted siguió su camino sin detenerse y ahora está en su oficina, atendiendo alguna de sus citas, y yo me he quedado aquí, meditando mi historia de desencuentro...

Pausa.

HOMBRE (Perplejo.) ¿Usted, de veras, cree en todo eso?

CIEGO No.

HOMBRE ¿Y entonces?

CIEGO Pero tampoco dejo de creerlo. Digamos que he suspendido el juicio, hasta que aparezcan más evidencias... O que, en realidad, soy los dos estados al mismo tiempo: soy el que cree y el que no cree. Pero sigo siendo la misma persona, ¿se da cuenta?

Pausa. Se escucha el campanazo de un reloj distante.

HOMBRE (Consulta el reloj.) Caramba, son las 10 y media. Debería irme... Tengo esa cita a las once.

Se pone de pie, indeciso. Vuelve a consultar el reloj.

Bueno, cinco minutos más... Diré que me demoré. No sé... Que quedé atrapado en el tránsito. Ya encontraré una excusa... (Vuelve a sentarse.) No todos los días tiene uno la oportunidad de conversar con alguien como usted. Espero que no le moleste...

CIEGO No, no. Como verá, no tengo mucho que hacer.

Pausa.

Esa cita que tiene... ¿es muy importante?

HOMBRE Es con el presidente de la empresa.

CIEGO ¿Y usted sabe para qué quiere verlo?

HOMBRE No, no exactamente.

CIEGO Será para comunicarle algo...

HOMBRE Bueno, sí, seguramente...

CIEGO ¿Tiene idea de lo que podría ser?

HOMBRE No, ninguna. ¿Por qué me lo pregunta?

CIEGO Curiosidad. Los viejos solemos ser curiosos...

HOMBRE A lo mejor me llama para despedirme... (Ríe, nervioso.)

CIEGO (Intrigado.) ¿Le parece?

HOMBRE Bueno, no sé. Espero que no... (Ríe.)

CIEGO ¿Hay alguna razón para que algo así suceda?...

HOMBRE No, ninguna... Excepto...

CIEGO ¿Excepto?

HOMBRE Bueno, esto que le contaba, ¿no?...

CIEGO ¿Qué?

HOMBRE El hecho de que estoy pasando por una crisis...

CIEGO ¿Usted cree que él podría haberlo advertido?

HOMBRE Yo creo que no...

Pausa.

Bueno, ahora que me lleva a pensar en eso... Es posible... Quiero decir, la verdad es que no he estado muy concentrado últimamente.... Perdí un negocio importante... Un descuido... No debió haber sucedido... Tenía una cita con un

cliente y, bueno, lo dejé plantado. El hombre se ofendió. Se fue con la competencia... Eso no me dejó muy bien parado...

CIEGO ¿Y usted piensa que el presidente va a hablarle de eso?

HOMBRE Es muy posible, sí...

Pausa.

Ese cuento que me mencionaba... El del hombre ese que camina hacia su ruina...¿Cómo es?

CIEGO ¡Ah! Es acerca de un viajero que una noche, en la cubierta de un barco, conoce una mujer. Apenas cambian unas palabras, pero él se siente intensamente atraído por ella. A la mañana siguiente, cuando pregunta por la mujer, le cuentan que acaba de desembarcar. Le advierten que se trata de la amante de un poderoso mafioso y le recomiendan que se mantenga alejado de ella. Pero el hombre no hace caso. Desembarca a su vez, se aloja en un hotel del pueblo y todas las mañana se instala en un bar de la plaza a esperar que ella pase. Una mañana, finalmente, la ve pasar. Conversan y ella acepta encontrarse con él esa noche. Pero por la tarde, alguien desliza una carta anónima debajo de la puerta de su habitación. Dice que debe marcharse en ese mismo instante, porque al alba irán por él para matarlo. Pero el hombre elige quedarse y pasar la noche con la mujer. Al alba, los hombres del mafioso lo buscan y lo matan.

Pausa.

HOMBRE (Curioso.) ¿Por qué lo hace?

CIEGO Bueno, ahí está la cuestión, ¿no es cierto? ¿Por qué?

HOMBRE Su destino estaba sellado...

CIEGO ¡Quién sabe!

HOMBRE Podía haberse ido...

CIEGO Sin duda.

HOMBRE Quizás lo hubieran matado igual...

CIEGO Quizás...

HOMBRE Usted no lo sabe...

CIEGO No. ¿Cómo podría saberlo?

HOMBRE ¡Usted escribió el cuento!

CIEGO Eso no me convierte en profeta.

Pausa.

HOMBRE Yo sé por qué se queda.

CIEGO ¿Lo sabe?

Pausa.

HOMBRE Déjeme contarle algo... Llevo veinte años de casado... Mi esposa es psicóloga... Una mujer encantadora, muy inteligente... Nos conocimos cuando éramos estudiantes... ¡Fue mi primera novia! La única, en realidad... Tenemos dos hijos... (Saca su billetera. Busca una foto. Se da cuenta.) ¡Qué absurdo! Disculpémé. Iba a mostrarle una foto de mis hijos... (Vuelve a guardar la billetera.) El caso es que hace un tiempo conocí a esta otra mujer... Joven... demasiado joven tal vez... La conocí por casualidad, ¿sabe? Como esas casualidades que usted mencionaba... Fue en la inauguración de una galería de arte... Yo no soy muy amante del arte... Digamos que no lo entiendo muy bien, especialmente el arte moderno... La mayoría de esos cuadros me parecen mamarrachos... Hasta Picasso. Yo sé que la gente paga fortunas por sus cuadros, pero a mí, francamente, no me dicen nada... Pero, bueno, el dueño de la galería es un cliente del banco y estaba ese compromiso... Mi esposa tenía un seminario esa noche, así que fui solo... Bueno, allí la conocí... Mi cliente nos presentó... No era el tipo de mujer con la que normalmente me pararía a hablar, le digo la verdad... No es que no fuera atractiva... Todo lo contrario... Es el tipo de mujer que uno solo encuentra en las revistas... Pero había algo en ella como... no diría vulgar... No sé, una cierta falta de pulcritud, no sé si me entiende... Quiero decir, si ella viniera a pedir trabajo en el banco con ese aspecto seguramente no lo conseguía... Tenía el pelo como desaliñado y estaba pintada de más, para mi gusto... Lo curioso es que, bueno, ese desaliño era justamente lo que hacía que uno se fijara en ella... Quiero decir, le daba una extraordinaria sensualidad... Con todo, le aseguro que en ese primer encuentro no pensé en ella como otra cosa que alguien con quien tener una conversación casual en una reunión impersonal... Yo nunca he sido un gran seductor... Soy bastante tímido, especialmente cuando se trata de mujeres... Más aún a mi edad... No jodamos, a

los cincuenta uno no espera que las mujeres le caigan a uno encima como moscas, ¿no es así? (Ríe.) ¡Y menos una de este calibre! La verdad es que tampoco tuve necesidad... Quiero decir, mi esposa y yo hemos tenido un buen matrimonio... Tal vez no haya sido una relación muy pasional o particularmente excitante... Yo no soy una persona muy romántica, no nos engañemos ... Quiero decir, no soy de andar cenando a la luz de las velas ni nada por el estilo... Pero yo diría que fue una relación sólida. Respeto mutuo, afecto, todas esas cosas, ¿no?... El caso es que empecé a conversar con esta muchacha... Le pregunté qué hacía y me dijo que era escultora... Me contó que trabajaba en hierro y que justamente estaba por inaugurar una muestra en unos días lo cual, como se imaginará, no tenía para mí ningún significado... Quiero decir, nada más lejos de mi actividad o de mis intereses... Se sorprendió un poco cuando le dije que era banquero. (Ríe.) La gente piensa que todos los banqueros son millonarios... Me preguntó si era coleccionista y yo le dije la verdad, que no entendía nada de arte... No sé si habremos conversado más de diez minutos... Ni siquiera alcanzó a decirme su nombre ni yo le di el mío... En un momento dado se disculpó y se perdió entre la gente y yo al rato me fui... Pensé que no volvería a verla nunca más... Pero como dos semanas después, mientras leía la edición dominical de La Nación, me detuve por casualidad en la lista de galerías de arte y me llamó la atención una que anunciaba "esculturas en hierro". Le digo la verdad, ni pensé que había registrado la dirección de la galería, pero el caso es que un par de días después, casi sin proponérmelo, me encontré yendo hacia allí... Ella estaba . Al principio no me reconoció, pero después se acordó. Fue muy amable. Me tomó del brazo y me mostró sus trabajos.... Eran unas esculturas abstractas que, no sé, parecían pájaros o aspas de un molino, si uno forzaba realmente la imaginación... El asunto es que, casi sin pensarlo, la invité a almorzar. No sé por qué lo hice. A lo mejor pensé que me diría que no. Pero en cambio dijo "Sí, ¿por qué no?". Fuimos a un pequeño restaurante, bastante discreto, no lejos de allí... Es preciso que entienda que yo nunca había hecho una cosa así... Quiero decir, tengo almuerzos de negocios o puedo, ocasionalmente, ir a comer con una clienta, pero nunca había ido a comer con una mujer por el mero gusto de estar

con ella. No es que piense que tiene nada de malo, simplemente no lo había hecho... No le niego que por un momento sentí un poco de aprensión... Pensé, con toda razón, que si alguien me viese con ella no pensaría que se trataba una comida inocente... Digo, la chica, definitivamente, no pasaba desapercibida... Tenía el pelo pintado de un color muy raro y una blusa bastante escotada... Lo extraño es que, a pesar de todo, desde un comienzo, me sentí muy cómodo con ella... No había esa tensión que a menudo siento cuando estoy con gente que no conozco, especialmente mujeres... Ni siquiera pensé que la edad hiciera ninguna diferencia aunque, objetivamente, podía ser mi hija... Entre otras cosas, me contó que estaba pensando mudarse a Londres, que Buenos Aires la aplastaba... Y yo me encontré, de pronto, contándole a esta chica casi desconocida, algunas cosas de mi, de mi familia, de mi trabajo, cosas que habitualmente no le cuento a nadie... Y en un momento dado, me dijo algo que me sorprendió. No recuerdo a propósito de qué... A lo mejor fue cuando le dije, un poco como un cumplido, que lamentaba no haberla conocido en otro momento de mi vida... Ella me miró a los ojos... tiene unos ojos muy expresivos, y me dijo: "El amor es inevitable". Me dijo exactamente eso. Por eso me llamó tanto la atención cuando usted usó la misma expresión, ¿no? Las mismas palabras...

CIEGO Esas son cosas que uno dice a veces por efecto...

HOMBRE ¿Si? Pues ha sido bastante inevitable en mi caso, le digo la verdad.

Quiero decir, ahora que lo pienso, que revivo esos primeros encuentros, me doy cuenta de que, en realidad, uno nunca sabe en qué momento, en qué instante preciso se terminan las alternativas y empieza lo inevitable, ¿no le parece?

Porque hay un momento en que todavía existen dos puertas y uno puede elegir aquella por la que desea entrar, como el personaje de su cuento. Pero al instante siguiente, solo hay una sola puerta...

CIEGO A lo mejor siempre hubo una sola puerta... A lo mejor lo de las dos puertas no es más que una ilusión óptica. O, mejor aún, las dos llevan al mismo lugar...

HOMBRE ¿Usted cree? Bueno, quizás eso explique la sensación que tuve cuando la llamé unos días después... Ella estaba justamente saliendo para su estudio. Me

dijo que quería mostrarme algo y me preguntó si no quería acompañarla... Tuve la tentación de decirle que no podía, lo cual era cierto. Tenía esa cita importante con este cliente que le mencioné... Pero le dije que sí... Le dije a mi secretaria que tratase de localizar al cliente para decirle que me había surgido un inconveniente, pero el hombre ya estaba en camino... Es como usted dice, ¿no? A veces un hecho sin importancia puede cambiarnos la vida... Bueno, el lugar adonde fuimos estaba en Barracas, en medio de un paisaje siniestro de fábricas abandonadas y esqueletos de edificios. Nunca había visto nada parecido. Por un momento, no le miento, se me cruzó la idea de que a lo mejor me estaba llevando ahí para asesinarme, pero no fue así. Allí es donde tenía el estudio... Había esculturas apiladas, como a medio hacer y había un cuadro solitario sobre un caballete. Parecía la obra de un demente. Era como una cortina de pinceladas furiosas y colores violentos, detrás de las cuales se adivinaba la figura de una mujer desnuda... La mujer era ella, indudablemente... No era un cuadro particularmente agradable y sin embargo, no podía quitarle la vista. Había algo en él... no sé... perturbador.... Quizás la postura del cuerpo desnudo... Quizás la mirada de ella, como impúdica y desafiante.... Le pregunté quién lo había pintado y me dijo que un amigo. Me contó que era un verdadero genio que estaba atravesando un momento muy difícil. Me preguntó si me interesaría comprarlo y yo le dije la verdad, que nunca había comprado un cuadro y que no sabría qué hacer con él. Por curiosidad le pregunté cuánto costaba y me dijo que veinte mil dólares.

CIEGO (Asombrado.) ¿Veinte mil dólares?

HOMBRE Como se imaginará, yo no entiendo nada del mercado de arte, pero veinte mil dólares por un cuadro me parecía una barbaridad. El caso es que estaba junto a ella, mirando como hipnotizado ese cuadro, cuando sentí como un vértigo... Como si, de repente, me hubiese asomado a una cornisa a cien pisos de altura... Quiero decir, en ese instante, sentí literalmente que mi vida se había disparado en una dirección completamente desconocida y no había camino de regreso... No sé si comprende lo que quiero decirle... Era como un rompecabezas que se desmorona y uno no sabe cómo volverlo a armar... Y en ese mismo

momento tuve la convicción de que tenía que poseer ese cuadro...

CIEGO ¿Por qué?

HOMBRE Porque al poseerlo iba a poseerla a ella. Y poseerla era lo que más deseaba en el mundo.

Pausa.

Lo curioso es que, al mismo tiempo, en otro lugar de mi cerebro, yo pensaba que todo eso que me estaba pasando era ridículo... Me decía que uno no puede echar toda su vida por la borda... Uno no puede desprenderse de la fidelidad marital, el amor a los hijos, la posición social por un deslumbramiento no muy diferente de un mareo... Compréndame, yo no soy un delirante. Soy un hombre práctico y racional. Siempre lo he sido. Si uno tiene que sentarse a analizar el plan de negocios de un proyecto que requiere una inversión de varios millones de dólares, no puede darse el lujo de ser sentimental... Así que, cuando volví a casa esa noche, me serví un whisky y me dije que basta con todo ese asunto... ¿Acaso estaba completamente loco?... ¿Qué estaba tratando de hacer? ¿Suicidarme? ¿Destruir todo lo que había construido? Cuando volvió mi esposa, cenamos, conversamos... Mi hija volvió de la facultad, mi hijo llamó para avisar que regresaría tarde... Todo pareció volver a la normalidad... Excepto que esa noche soñé con ella y ese cuadro. No sé cuál de las dos imágenes predominaba. Por momentos, eran la misma cosa.

Pausa.

A la mañana siguiente, cuando salí de casa, me encontré, una vez más, tomando el camino de la galería... Ni siquiera sabía qué esperaba de ese encuentro... Quizás probarme que no había nada, que todo había sido un deslumbramiento momentáneo que no significaba gran cosa... La verdad es que no lo sé... Ella me vio a través del cristal de la ventana y no pareció sorprendida... Estaba con alguien y me hizo señas de que la esperase... Mientras aguardaba, la observaba y volví a sentir el mismo vértigo... Cuando finalmente salió y me preguntó a qué había venido, le dije, sin pensarlo, que había venido a comprar el cuadro. Le hice el cheque como si lo que estaba escribiendo no tuviera ningún significado... Esos veinte mil dólares eran un dinero que habíamos guardado con mi esposa

para hacer un viaje por Europa, pero yo se los cedía sin ningún remordimiento. Ella estaba tan sorprendida que me besó en plena calle... Fue, créame, como si de repente me hubiese despertado en un planeta desconocido. Porque en ese acto, en esa unión física con esta mujer casi desconocida, lo que se reveló dentro mío fue un apetito salvaje, una emoción furiosa como jamás había experimentado. De allí nos fuimos a su estudio... Y allí, bajo ese cuadro, inconcebiblemente, hicimos el amor.

CIEGO (Atajándolo.) Ahórreme los detalles, por favor.

HOMBRE No se preocupe, no era mi intención escandalizarlo... Es la primera vez que hablo de esto, ¿sabe? Por eso, quizás, advierta en mi una cierta ansiedad... Espero no aburrirlo... Seguramente toda esta historia le parece banal y ridícula. Supongo que no hay nada más trivial que la obsesión de un hombre mayor por una mujer joven. A mi mismo me parece absurda. Si tres meses atrás me hubieran contado que algo así me sucedería, me hubiera muerto de risa. Pero déjeme decirle una cosa: el corazón humano es una caja de sorpresas. Cuando uno menos lo espera, nos muestra una cara de nosotros mismos tan desconocida como inexplicable. Al principio, le digo la verdad, pensé que todo este asunto no pasaría de una aventura sin consecuencias... Después de todo, ¿cuántos adulterios se cometen diariamente? ¿Por que mi caso debía ser diferente?

Pausa.

(Saca un cigarrillo.) ¿Le molesta si fumo?

CIEGO No, adelante.

HOMBRE Volví a fumar cuando empezó todo este asunto. Llevaba ocho años sin fumar, pero me dieron ganas de hacerlo... Quiero aprovechar que estamos al aire libre. (Enciende el cigarrillo. Exhala el humo.) Al día siguiente, apenas llegué a la oficina, la llamé. Quería decirle que me sentía feliz, transportado. No pude hablar con ella. Ya se había ido o, por lo menos, eso fue lo que me dijeron. La llamé al día siguiente... y al siguiente... Igual. Pasaron varios días sin que supiera nada de ella. La llamaba, pero ella no estaba, ni respondía mis mensajes. Empecé a ponerme nervioso. No importa cuántos esfuerzos hiciera, no podía dejar de pensar en ella. Llegué a llamarla, no sé, treinta veces en un mismo día.

El teléfono sonaba y sonaba, sin respuesta. Y cuanto más me frustraba, más me empecinaba. Una tarde, finalmente, me llamó. Me preguntó si podía ir a su estudio y, naturalmente, fui. La encontré cambiada. Fría, evasiva. Cuando traté de besarla, me lo impidió. Le pregunté qué pasaba y me dijo que nada, que así era ella. Inmediatamente me dijo que todo había sido un error. Que había otra persona en su vida y que yo, por otra parte, estaba casado, así que no tenía mucho sentido que siguiéramos viéndonos. Le pregunté qué había pasado con el amor inevitable y me dijo: "Me equivoqué. El amor no es inevitable".

CIEGO No será la primera mujer que se contradice...

HOMBRE Mire, he estado tratando de explicarme mi propia conducta en los días que siguieron a este encuentro y no doy con una respuesta. Quizás sea la edad... Quizás para un hombre como yo, que ha cumplido los cincuenta y solo ha llevado una vida convencional y previsible, el repentino interés de una mujer joven tenga el efecto de una intoxicación. La verdad que no lo sé... Pensé mucho en todo eso. En realidad, no hago otra cosa. Lo cierto es que no puedo reconocerme en la persona que he sido en la últimas semanas.

CIEGO ¿Cometió alguna tontería?

HOMBRE ¿Tontería? No lo sé. ¿Cómo separa usted la pasión de la tontería?

CIEGO Bueno, muchas veces eso que llamamos pasión, en realidad, no es más que pura obsesión, deseo de poseer, de conquistar.

Pausa.

HOMBRE Empecé a seguirla...

CIEGO ¿A seguirla? ¿A dónde?

HOMBRE A todas partes. A veces la esperaba a la salida de la galería y otras, me levantaba temprano y la seguía cuando salía a correr.

CIEGO ¿Para qué la seguía?

HOMBRE No sé.

CIEGO Pero alguna razón debía tener.

HOMBRE Verla.

CIEGO ¿Y ella no se daba cuenta?

HOMBRE No lo creo. Por lo menos, nunca lo demostró.

CIEGO ¿Cómo la seguía? ¿A pie?

HOMBRE Sí, generalmente a pie. No me va a creer, pero llegué a ser bastante bueno en eso... Bueno, aprendí algunos trucos de un manual del detective privado que encontré en una librería de la calle Corrientes ... Cómo pasar desapercibido, cómo ocultarse si el sujeto se daba vuelta inesperadamente... Cosas así.

Pausa.

También me disfrazaba...

CIEGO (Incrédulo) ¿Se disfrazaba?

HOMBRE Me ponía unos una peluca, anteojos de sol, una gorra, unos bigotes falsos...

CIEGO ¿Por qué?

HOMBRE Son pequeños elementos que ayudan a que la persona que uno está siguiendo se desoriente... El libro recomienda hacerlo...

CIEGO ¡Qué coraje! ¿Y descubrió algo?

HOMBRE Bueno, no. Quiero decir, tampoco esperaba descubrir nada. Ella hacía una vida bastante rutinaria. Salía a correr por las mañanas, después iba a su estudio, o a recorrer galerías. Se encontraba en cafés con amigos. De noche iba a un cine o a un restaurante. Una vez por semana iba a un hospital, imagino que a visitar a un familiar. Nada fuera de lo común. Pero gradualmente, su rutina fue cambiando. Quiero decir, había días en que salía a caminar si un propósito definido. Podía bajar por la Costanera y seguir hasta el puerto, o tomar hacia el sur, hacia Barracas. Algunas veces se metía en sitios realmente tenebrosos. A ella no parecía importarle. A veces éramos las únicas dos personas en la calle. Podía escuchar el golpeteo de sus zapatos sobre el adoquín y ella, seguramente, podía escuchar mis pasos. Pero nunca se dio vuelta. Ni una sola vez. Ni siquiera la vez esa en que un tipo me atacó.

CIEGO ¿Lo atacaron?

HOMBRE Fue más que todo, un susto. Caminábamos cerca de Barracas. Había empezado a anochecer y un tipo salió de repente de un portal y empezó a insultarme y a empujarme violentamente. Después de un rato se cansó y me dejó

ir.

CIEGO ¿Y así y todo siguió haciéndolo?

HOMBRE No me quejo. Aprendí muchas cosas. Mire, una vez sucedió algo realmente notable. La había seguido hasta su casa y desde la calle podía ver la ventana de su dormitorio. En determinado momento, la vi venir del baño. Se acercó a la ventana, pensando, seguramente, que nadie la vería y empezó a arreglarse el pelo... Más bien a jugar con él... Lo recogía, lo ataba y al rato lo soltaba completamente... Yo la miraba fascinado, no solo por el esplendor de su desnudez, sino porque me sentía espectador de un momento absolutamente privado, y lo que advertía en ella era una inocencia tal que, le aseguro, me llenó los ojos de lágrimas. Era como asomarse a su adolescencia, adivinar la niña encerrada en la mujer. En ese instante, créame, tuve la explicación de la atracción que había sentido frente al cuadro. Porque entendí que lo que la hacía extraordinaria era que ella no era meramente una mujer, sino todas las mujeres. Era la madre, la niña, la perversa, la virgen, la diosa, la prostituta. Era como una esfera que contiene todos los rostros.

CIEGO ¿Pero esos seguimientos no lo avergonzaban un poco? Quiero decir, después de todo, espiar no es una actividad muy honorable...

HOMBRE Déjeme decirle una cosa: siempre he sido un hombre muy orgulloso. Si alguien me hubiera insinuado que yo terminaría haciendo estas cosas, me hubiera reído en su cara. Jamás he abierto una carta que no me perteneciera ni nunca se me había ocurrido ponerme a escuchar una conversación ajena. Pero la gente habla de la pasión sin conocerla. Yo la conocí, le he visto la cara. La pasión no tiene orgullo ni vergüenza. Usted debería saberlo...

CIEGO ¿Yo? ¿Por qué yo?

HOMBRE Bueno, usted es un escritor. Debe estar familiarizado con los aspectos más oscuros del alma humana. A mi no me asustan, le digo la verdad.

Pausa.

Claro, como se imaginará, la gente que me conoce no puede explicarse muy bien lo que me pasa... No los critico. Posiblemente yo hubiera reaccionado igual. Una vez, en medio de uno de esos seguimientos, me encontré con uno de los gerentes

del banco. Yo llevaba el bigote postizo y la gorra y no fui capaz de darle ninguna explicación convincente de lo que estaba haciendo. El hombre se fue muy confundido... ¡Vaya uno a saber lo que pensó! Pero, créame, pasar por la turbulencia interior por la que yo estoy pasando lo infunde a uno de una gran humildad... y una gran sabiduría.

Pausa.

CIEGO: Y su esposa, ¿no sospecha?

HOMBRE ¡Por supuesto sospecha! Empezó a sospechar cuando traje el cuadro. Al principio no entendía nada. Me preguntó qué me había impulsado a comprar "esa basura" - así lo llamó - y yo me indigné y le pregunté si le parecía indecoroso que alguien como yo mostrara un repentino interés en el arte. Me preguntó cuánto había pagado por él y no quise decírselo. Pensé que con un poco de tiempo podría reponer ese dinero. Pero creo que lo que más la sorprendió fue cuando me corté el pelo. Bueno, yo siempre me cortaba el pelo igual. Me peinaba con raya, ¿sabe?. Siempre fui muy convencional. No sé bien cómo pasó. No fue algo premeditado. Pero la última vez, cuando me senté en el sillón del peluquero y él me dijo "Como siempre, ¿no?" Yo le dije: "No. No como siempre." Bueno, me hizo este corte. Lástima que no pueda verlo.

CIEGO ¿Y su mujer reaccionó?

HOMBRE No dijo nada, pero estoy seguro que sospecha...

Pausa.

Además tuve que inventar toda clase de historias para justificar el tiempo que paso en la calle, ¿sabe? Ella no es ninguna tonta, no debe creer ni la mitad. Y a medida que la madeja de mentiras se hace más compleja, se hace más difícil controlar de todos los cabos. Pero déjeme decirle algo: no lamento nada. Seguramente pensará que estoy desvariando. Todo cambio es un renunciamiento, ¿no le parece? Y, en cierta medida, una salvación... Pero aún no le he contado lo mejor...

CIEGO ¿Lo mejor?

HOMBRE Ella me llamó. Me dijo que quería verme. Voy a verla esta noche.

CIEGO ¿Le dijo para qué quería verlo?

HOMBRE (Animoso.) No hacía falta. Sé lo que va a decirme. (Consulta el reloj.) No puedo creer que todavía esté aquí. El presidente debe estar bufando de indignación... (Se levanta.) Bueno, fue un gran gusto conocerlo... (Le da la mano.)

CIEGO Igual.

HOMBRE A lo mejor lo vuelvo a encontrar alguna otra mañana...

CIEGO A lo mejor...

HOMBRE ¿Siempre se sienta en el mismo banco?

CIEGO Casi siempre, sí. Cuando no está ocupado...

HOMBRE Bueno, lo voy a buscar... Adiós...

CIEGO Adiós.

Escena II

La luz cambia, indicando un breve paso del tiempo. Se escucha una música nostálgica de tango.

El CIEGO continúa sentado en el banco. Entra una MUCHACHA vestida con ropa deportiva. Lleva una pequeña mochila en la espalda. Obviamente, viene de correr. Se detiene, jadeante. Pone el pie sobre el banco. Flexiona la rodilla. Luego hace lo mismo con la otra pierna.

MUCHACHA ¡Uf! Creo que me cansé.

CIEGO (Distraído.) ¿Cómo?

MUCHACHA Llevo más de una hora corriendo. Me quedé sin aire... ¿Le molesta si me siento un rato?

CIEGO No, adelante. Es un banco público.

La MUCHACHA se sienta. Abre la mochila. Saca una botella de agua. Toma un trago largo.

MUCHACHA (Agitada.) Nunca vengo por este lado. Generalmente corro por el lado de Libertador... Voy por el Bajo hasta la Recoleta y subo por Junín...

CIEGO ¿Y qué la hizo cambiar?

MUCHACHA No sé. Un impulso. Me gusta hacer las cosas impulsivamente.

Saca una toalla y se seca el cuello y los brazos.

CIEGO Debe ser muy joven...

Ella se fija en él. Advierte su ceguera.

MUCHACHA ¿Yo? No crea... Tengo veintiocho años... Mi madre dice que veintiocho años para una mujer no es una edad: es una advertencia.

CIEGO Como sabe, todo tiempo es relativo.

Pausa. Hace algunos ejercicios.

(Lo observa, con sorpresa.) ¡Oiga! Usted es el escritor, ¿no?

CIEGO Bueno, ahora, como verá, no soy más que un viejo sentado en una plaza

MUCHACHA Bueno, pero es el escritor...

CIEGO La verdad es que no sé si tengo derecho a llamarme escritor. Como se podrá imaginar, cuando se pierde la vista, no se escribe más,. A lo sumo, se dicta. Tal vez sería más apropiado decir que soy un dictador.

Se ríe. La MUCHACHA ríe a su vez.

MUCHACHA Yo leí algunos de sus cuentos, ¿sabe?

CIEGO (Legítimamente sorprendido.) ¿De veras?

MUCHACHA Sí. Me gustaron. Me gusta como juega con la idea del destino. Pero usted no cree verdaderamente en eso.

CIEGO ¿Cómo lo sabe?

MUCHACHA Porque lo creyese, dejaría de ser divertido. La casualidad es mucho más entretenida que el destino, ¿no le parece? Por ejemplo, yo nunca me imaginé que lo conocería. ¡Y menos que me lo encontraría en una plaza! Para decirle la verdad, hoy me había preparado para un día perfectamente miserable. Pensé que no llegaría a la media tarde sin agarrarme una buena depresión.

CIEGO (Curioso.) ¿De veras? ¿Por qué?

MUCHACHA No sé. Debe ser la estación. El otoño en Buenos Aires me agobia.

Apenas baja el sol en esta ciudad, da ganas de ponerse a llorar. ¿A usted no le pasa?

CIEGO No. Yo le tengo simpatía al otoño. Camus decía que el otoño es la segunda primavera, "cuando cada hoja es una flor"...

MUCHACHA Camus no vivía en Buenos Aires. Aquí todo se pone melancólico, como el tango. Desde que me levanté esta mañana ando agria como una

solterona.

Pausa.

A lo mejor es por el libro que estoy leyendo....

CIEGO ¿Qué está leyendo?

MUCHACHA "La educación sentimental", de Flaubert. ¿Lo leyó? (Recapacita.)

Bueno, claro que lo debe haber leído.

CIEGO ¿No le gusta?

MUCHACHA Sí, me gusta. Pero también me irrita y me fastidia. La insoportable Madame Arnoux, casada con ese hombre superficial y mujeriego, secretamente enamorada. de ese papanatas indeciso de Frédéric Moreau. ¡Qué vida tan inútil!, ¿no le parece?

CIEGO No debería poner tanta fe en la literatura.

MUCHACHA No la pongo. Pero me da terror pensar que una podría terminar como ella.

CIEGO Afortunadamente, las mujeres de hoy no tienen esa clase de ataduras...

MUCHACHA ¿Usted cree? Se ve que conoce poco de mujeres. Se sorprendería de cuántas siguen viviendo de la misma manera. Treinta años después de la revolución feminista, seguimos siendo las esclavas del sagrado corazón. ¡Míreme a mí! (Recapacita.) Bueno, míreme es una forma de decir. Estoy llegando a los treinta y mi vida sentimental transcurre como una montaña rusa. Es muy fatigante, creamé...

Pausa.

Usted, por suerte, debe estar más allá de todo eso...

CIEGO ¿Qué la hace estar tan segura?

MUCHACHA Bueno, no sé, usted ya vivió su vida. Espero que no suene muy cruel...

CIEGO ¿Usted piensa que a mi edad uno no podría enamorarse?

MUCHACHA No sé. (Ríe.) No me parece...

CIEGO ¿Usted cree que hay un interruptor biológico que se dispara cuando uno llega a los sesenta?

MUCHACHA No lo sé. Nunca me puse a pensarlo... ¿Puede uno enamorarse sin

ver?

CIEGO Bueno, si bien uno no ve a los demás, tampoco se ve a sí mismo. Eso ayuda, ¿no le parece? En mi cabeza, soy exactamente igual a la última vez que me miré en el espejo...

MUCHACHA Bueno, así pensado, es posible que hasta sea una ventaja. (Piensa.) La ceguera debe ser monótona, ¿no?

CIEGO La ceguera abre otras puertas, otros mundos... Es como habitar otra dimensión. Uno aprende a confiar en su imaginación.

MUCHACHA A lo mejor debería ser ciega. Andar por el mundo con un bastón blanco y solo prestar atención a las voces. O mejor, andar con uno de esos perros cicerones... ¿Usted no tiene un perro de esos?

CIEGO No.

MUCHACHA ¿Por qué?

CIEGO No quisiera cargarlo con esa responsabilidad.

Pausa.

¿Está enamorada?

MUCHACHA No. El amor me aburre. Me parece una banalidad... Basta con mirar a la gente enamorada. Se comportan como monos. Se ríen de tonterías. Usan un lenguaje de monosílabos que no pasa del nivel de una criatura de siete años. Se vuelven vulnerables y egoístas, se pelean por tonterías y pasan la mitad del tiempo sufriendo desconsoladamente. No, gracias. Libéreme del amor. Prefiero poner la pasión en el arte.

CIEGO ¿Es artista?

MUCHACHA Soy escultora.

CIEGO ¿Acaso puede haber arte sin amor?

MUCHACHA ¡No me joda! Los grandes artistas siempre han sido supremos ególatras. Usted debe saberlo.

CIEGO Por suerte, no soy de esos.

MUCHACHA ¡Vamos! Estoy segura que lo es.

CIEGO Se equivoca. Desde que recuerdo, siempre he estado enamorado de alguien. El autoamor es una pérdida de tiempo. Yo sé por qué lo digo. Paso

demasiado tiempo conmigo mismo.

MUCHACHA Yo crecí en una casa de gente infeliz. Mi padre era infeliz porque mi madre no lo amaba, mi madre era infeliz por tener que vivir con él y yo era infeliz por tener que vivir con ellos. Gente muy civilizada, eso sí. Nadie levantaba nunca la voz. Las únicas pasiones intensas que se escuchaban en esa casa, venían de los discos de ópera. ¡Mi madre adora la ópera! Tenía una voz privilegiada. Todavía la tiene. Hubo un tiempo en que consideró dedicarse seriamente al canto.

CIEGO ¿Y por qué no lo hizo?

MUCHACHA Bueno, ella es un poco como esta Madame Arnoux, ¿sabe? Una mujer encantadora, seductora, muy culta, pero uno puede cascar hielo de su corazón. La pasión nunca fue su fuerte, para qué vamos a engañarnos. Mi padre pasó la mitad de su vida adorándola y la otra mitad, tratando de explicarse su desamor. Que yo sepa, nunca lo entendió. Tampoco yo. Hasta cuando me amamantaba tenía los pechos fríos. Así y todo, siguen juntos. ¡Vaya una a saber por qué! Supongo que le tendrán más miedo a la soledad que a la indiferencia.

Pausa.

CIEGO ¿Y usted?

MUCHACHA ¿Yo?

CIEGO ¿A qué le tiene más miedo?

MUCHACHA A ser como ella. Cada vez que me descubro un parecido, trato de lavármelo, como quien friega una mancha de grasa..

Pausa.

CIEGO ¿Qué clase de esculturas hace?

MUCHACHA Trabajo en hierro. Lástima que no pueda ver lo que hago.

CIEGO Si me lo describe, podría imaginármelo.

MUCHACHA Son esculturas abstractas. Formas libres en el espacio. Debe ser interesante eso de andar imaginándoselo todo, ¿no?

CIEGO También puedo imaginármela a usted.

MUCHACHA (Interesada.) ¿De veras? ¿A ver? ¿Cómo me imagina?

CIEGO Linda, fresca, estilizada.

MUCHACHA Ahí se equivoca. Soy gorda y medio deforme.

CIEGO ¡Vamos! No me subestime. La naturaleza es más sabia que eso. Cuando nos quita la vista, nos regala a cambio una sagaz intuición.

MUCHACHA (Curiosa.) ¿En serio? A ver, dígame algo que haya notado y que yo no sepa.

CIEGO ¿Como qué?

MUCHACHA No sé. Algún palpito de su sagaz intuición...

CIEGO Usted quiere convertirme en un adivino de feria...

MUCHACHA No, en serio Quiero ver cómo funciona.

CIEGO (Haciéndose el misterioso.) No sé... A ver... deme su mano...

MUCHACHA ¿Necesita mi mano?

CIEGO Siempre es más agradable...

La MUCHACHA le da la mano. El la sostiene un instante entre las suyas.

MUCHACHA ¿Puede leer el futuro?

CIEGO Solo el presente...

MUCHACHA (Protesta.) ¡Todo el mundo puede leer el presente!

CIEGO Pueden leerlo, pero no entenderlo... (Finge concentrarse.) Hmmm! Esto es muy interesante...

MUCHACHA (Curiosa.) ¿Qué?

CIEGO Creo que tiene una historia medio embrollada...

MUCHACHA Eso no dice mucho.

VIERJO Algo con un hombre mayor... ¿Es posible?

MUCHACHA (Sorprendida.) Es posible...

CIEGO Y está enamorada...

MUCHACHA (Sorprendida.) ¿Eso ve?

CIEGO Yo no veo.

MUCHACHA (Impaciente.) ¡Ya sé! Entonces, ¿cómo lo sabe?

CIEGO Acabo de decírselo.

MUCHACHA (Irónica.) La sagaz intuición.

CIEGO La misma.

MUCHACHA (Retira la mano.) Creo que necesita un ajuste.

CIEGO ¿Estoy equivocado?

MUCHACHA Digamos que hay un hombre mayor, pero no estoy enamorada. Y hay también un hombre joven, pero no puede amarme. Es la historia de siempre. El supremo melodrama. ¿Vio? Por eso me aburre el amor.

CIEGO Pero no puede evitarlo.

MUCHACHA ¿Acaso usted puede evitarse a si mismo? Pero no se engañe. Yo no tengo un pelo de romántica. Si le contase mi vida, se escandalizaría.

CIEGO ¿Qué la hace pensar eso?

MUCHACHA Es generacional... No se moleste en negarlo. Su generación nunca tuvo estómago para aceptar la realidad. Fueron grandes cobardes y grandes hipócritas, por eso generalmente terminan como viejos verdes.

CIEGO ¿Y la suya?

MUCHACHA Bueno, digamos que la mía es frívola, hedonista e ignorante. Pero, por lo menos, probamos de todo.

CIEGO Uno puede probar de todo y no saborear nada.

MUCHACHA Pero nos atrevimos. ¿Alguna vez probó alguna droga?

CIEGO Una vez en El Cairo me ofrecieron hashish...

MUCHACHA ¿Eso es todo?

CIEGO Pasé toda la noche vomitando...

MUCHACHA ¡Qué flojera! ¿Nunca probó ácido? ¿Nunca se atrevió a asomarse a su inconsciente?

CIEGO No. Pero conozco gente que lo hacía.

MUCHACHA (Provocándolo.) Por lo visto, ellos tenían más coraje que usted.

CIEGO La infatuación del coraje es un disparate. Yo no necesito de ninguna droga para alucinar...

MUCHACHA ¡Oiga! ¿Qué lo hace tan sabio? No hizo otra cosa que pasarse la vida en bibliotecas.

CIEGO Precisamente.

MUCHACHA Mire, a mis escasos veintiocho años he visto más miseria humana de la que usted ha visto en toda su vida.

CIEGO Ver no alcanza; hay que comprenderlo.

MUCHACHA Ese, perdonemé, es el consuelo de los ciegos.

CIEGO (Se ríe.) ¡Bravo! Usted me gusta. Es franca e indómita. Me extraña que ese muchacho no sepa apreciarla.

MUCHACHA ¿Qué muchacho?

CIEGO Dijo que había un muchacho que no la amaba...

MUCHACHA No dije que no me amaba. Dije que no podía amarme.

CIEGO ¿Por qué? ¿Qué se lo impide?

MUCHACHA Es una historia horrible y patética... Seguramente no quiere escucharla.

CIEGO Todo lo contrario. De historias horribles y patéticas vivimos los escritores.

MUCHACHA Es un chico con el que viví. Un pintor. Nos conocimos en la Escuela de Bellas Artes. Era hermoso, divertido y tenía un talento demoledor. Todo el mundo le auguraba un futuro esplendoroso. ¿Quiere escuchar del amor incondicional? Pues yo no solo me enamoré de él; me sumergí en el amor como quien se sumerge en el océano. Vivía para amarlo y todas esas tonterías. Las cosas más simples, como mirarlo dormir o ver sus dedos agarrando la espátula, me ponían la piel de gallina. Cuando le ofrecieron su primera exposición, trabajó como un condenado. Nada existía fuera de su pintura. Yo misma me volví un accesorio, pero no me importaba. El era un genio y todo el mundo lo vería. Yo solo estaba allí para servirlo. Cuando inauguró, la crítica lo ignoró. Nadie escribió una línea. Fue injusto y todos se lo dijeron, pero la sorpresa fue tan grande que lo trastornó. El esperaba conflicto, pero no indiferencia. Nunca me imaginé que fuera tan vulnerable. Una noche se escurrió en la galería y quemó todos los cuadros. Después empezó a tomar como un desaforado y a darse con todo lo que le venía a mano. Nunca se preocupó de dónde venían las jeringas. Un buen día descubrió que tenía SIDA. ¿Alguna vez vio a un sidoso? (Percatándose de la ceguera de él.) Es obvio que no. Terminan como esas figuras que uno ve en las fotos de los campos de concentración. Piel y huesos y una mirada de infinito asombro. Bueno, pues ahí tiene una moraleja sobre mi generación. Tiene treinta años y parece más viejo que usted. Seguramente se morirá mucho antes... Tiene el cerebro como baba.

CIEGO Y usted todavía lo ama...

MUCHACHA Nadie puede amar eso que es hoy. Lo ayudo, por una vieja lealtad, ¿vio? Si yo no lo hago, nadie lo haría.

Pausa.

El otro día le vendí un cuadro...

CIEGO Eso es muy loable...

MUCHACHA No, no lo es, creamé. Era un retrato mío, un desnudo. No valía nada. Después de terminarlo le dio un ataque de furia y empezó a garabatearlo encima. (Se ríe.) Es una historia muy loca. Es justamente acerca de ese hombre mayor, que usted mencionaba.

Pausa.

(Curiosa.) ¿Qué lo hizo pensar que estaba enamorada de un hombre mayor?

CIEGO Pura adivinanza. Además, eso a los viejos siempre nos redime.

MUCHACHA ¿Qué más adivinó?

CIEGO No mucho más, a decir verdad. Prefiero que usted me lo cuente.

Pausa.

MUCHACHA ¿Qué pensaría de alguien que no hace otra cosa que seguirme?

CIEGO ¿Seguirla, cómo?

MUCHACHA Seguirme. Caminar detrás mío...

CIEGO ¿Eso hace?

MUCHACHA Continuamente.

CIEGO ¿Y usted qué hace?

MUCHACHA Nada. Dejo que me siga.

CIEGO ¿Por qué?

MUCHACHA No sé. ¿Qué voy a hacer?

CIEGO ¿No le molesta?

MUCHACHA Bueno, al principio me molestaba. Pero ya no. Ahora es como un juego.

CIEGO Pero, ¿quién es él? ¿Qué sabe de él?

MUCHACHA No mucho. Es un banquero.

CIEGO (Finge sorpresa.) ¿Un banquero?

MUCHACHA Bueno, algo así. Es alguien que conocí en un vernissage. Apenas si cambiamos un par de frases. La verdad, ni sé de qué hablamos. No volví a acordarme de él hasta que algunos días después se me apareció en la galería donde estaba exponiendo... Le digo la verdad, por la forma embobada en que me miraba me di cuenta que el hombre se estaba alucinando conmigo, pero no pensé que iba a tener el coraje de tirarse un lance. ¡Pero lo hizo!... Al principio, como se imaginará, la cosa me dio risa... El tipo era un ridículo total. Tenía esa cosa muy formal y almidonada que desarrolla la gente que se pasa la vida detrás de un escritorio. Además, ¡podía ser mi padre!... Pero, de repente se me cruzó la perversa idea de tratar de venderle la obra esa de mi amigo. Pensé que si lograba sacarle algún dinero, podía usarlo para su tratamiento. El caso es que le pedí una suma delirante... ¡Veinte mil dólares! No sé de dónde saqué el coraje. Bueno, siempre pensé que la mejor forma de impresionar a los ricos es pedirles mucha plata... El tipo ni pestañeó. Me dijo que lo pensaría y se fue. La verdad es que no creí que volvería. Pero al día siguiente se me apareció por la galería con un cheque... Bueno, me imaginé que estaba comprándome a mí y no al cuadro, pero igual me sorprendió... Me pareció de una estupidez tan conmovedora que lo besé... Me sentí cruel e hipócrita, así que para compensarlo, decidí que lo dejaría hacerme el amor y después no lo vería más. CIEGO (Sorprendido.) ¿Así nomás?

MUCHACHA Las mujeres, a veces, hacemos esas cosas...¿No lo sabía?

CIEGO No, la verdad que no.

MUCHACHA ¿Le molesta que le cuente todo esto?

CIEGO No, no, para nada. Es muy educativo.

MUCHACHA El sexo es, muchas veces, una forma de mostrar gratitud...

CIEGO (Asombrado.) ¿De veras?

MUCHACHA Es la única explicación.

CIEGO ¿La única explicación de qué?

MUCHACHA De por qué hacemos ciertas cosas.

Pausa.

Pero en este caso fue un error, porque el tipo se obsesionó conmigo. Empezó a

llamarme a cualquier hora. Yo no contestaba. Pensé que se cansaría, pero resultó ser muy perseverante. Un día descubrí que me seguía... ¡Iba detrás mío a todos lados, como una sombra! Ni sé cuando trabajaba.

Pausa.

Es muy perturbador sentirse observada, ¿sabe? Es como estar permanentemente en un escenario, una pierde toda intimidad, toda espontaneidad...

CIEGO ¿Y qué hizo?

MUCHACHA Al principio, pensé en avisar a la policía, pero después me entró la curiosidad de ver hasta dónde sería capaz de seguir con eso. Me dije que tendría que haber un final, ¿no? En algún momento, él tendría que hacer algo... Así que empecé a divertirme con él, a jugar...

CIEGO ¿A jugar? ¿Cómo?

MUCHACHA No sé. Lo llevaba por sitios peligrosos, lo provocaba... Hasta le pedí a un amigo que le diera un susto.

CIEGO ¿Y esto la divertía?

MUCHACHA Bueno, me intrigaba. Lo gracioso es que él estaba convencido de que yo no me daba cuenta...

CIEGO ¿Que la hace estar tan segura?

MUCHACHA Porque se disfrazaba... Se ponía una peluca y unos absurdos bigotes falsos. Yo me moría de risa para mis adentros... Me parecía tan ridículo que, a veces, le confieso, hasta me daba un poco de ternura.

CIEGO ¿Y nunca trató de confrontarlo?

MUCHACHA ¿Para qué? Se hubiera roto todo el hechizo. Mire, una noche lo vi parado junto a mi ventana. Yo acababa de salir de la ducha y las cortinas estaban descorridas. El se había instalado detrás de un árbol, pensando que no lo vería. Entonces me acerqué a la ventana y empecé, no sé, a jugar inocentemente con el pelo, como si estuviera en otra cosa.... (Se ríe.) El tipo parecía desorbitado... Tengo que admitir que fue una gran maldad...

Pausa.

CIEGO ¿No le daba miedo jugar así con él?

MUCHACHA ¿Miedo?

CIEGO Bueno, despertar a la pasión en un hombre maduro puede, a veces, ser peligroso.

MUCHACHA ¿Le parece? No sé. Ni lo pensé. Un día empecé a seguirlo a él.

CIEGO ¿Para qué?

MUCHACHA No sé. Quería saber cómo vivía, qué hacía...

CIEGO ¿Y?

MUCHACHA Bueno, el pobre lleva una vida soporífera. No me extraña que hubiera estado un poco zafado. Está casado, ¿sabe? Y tiene hijos... Pero igual parece un hombre muy solitario...

Pausa.

Un día conocí a su mujer...

CIEGO (Sorprendido.) ¿La conoció?

MUCHACHA Fui a su consultorio. Ella es psicóloga.

CIEGO ¿Con qué excusa?

MUCHACHA Nada. Le pedí una consulta...

CIEGO (Interesado.) ¿Y?

MUCHACHA Fue muy raro... Le conté todo...

CIEGO (Alarmado.) ¿Todo?

MUCHACHA Sin hacer nombres, claro.

CIEGO ¿Y ella qué le dijo?

MUCHACHA Nada. Me escuchó con mucha atención. Me hizo preguntas...

CIEGO ¿Qué clase de preguntas?

MUCHACHA Por qué lo hacía... En un momento me preguntó si estaba enamorada de él... Me largué a reír. Le dije que no, por supuesto. Ella no dijo nada. Tomó notas. Me dijo que volviera a la semana siguiente, pero no volví. Hubiera querido volver, pero no por mí. Por ella. Hubiera querido conocerla más, quizás ser su amiga... Ella y él, no podían ser más diferentes, ¿sabe? No entiendo por qué están juntos. La gente se junta a veces por las razones más incomprensibles, ¿no le parece?

Pausa.

CIEGO ¿Qué va a hacer con él?

MUCHACHA Nada. Voy a irme del país. ¿Conoce Londres?

CIEGO Sí.

MUCHACHA (Entusiasmada.) Voy a irme a vivir allí. Siempre quise vivir en Londres. Es una ciudad muy estimulante. Buenos Aires se muere, como mi amigo. Aquí no queda más que hacer...

CIEGO ¿Y el banquero sabe que piensa irse?

MUCHACHA No. Pero esta noche voy a decírselo. Le dejé un mensaje.

CIEGO ¿Y qué cree que hará?

MUCHACHA ¡Qué se yo! (Se ríe.) Seguramente buscará a alguna otra para seguir...

Se pone de pie. Recoge su mochila.

Tengo que irme. Me hizo mucho bien hablar con usted, le digo la verdad... Creo que usted sabe más de lo que quiere admitir...

CIEGO ¿Qué la hace decir eso?

Comienza a caminar. Se vuelve.

MUCHACHA Una sagaz intuición.

La MUCHACHA sale. El CIEGO queda solo, apoyado sobre su bastón. Se escucha la música de un tango.

Las luces descienden lentamente.

Escena III

La luz vuelve a alzarse en el consultorio de la PSICOLOGA.

La PSICOLOGA y la MUJER están sentadas frente a frente. La PSICOLOGA en un sillón; la MUJER en una silla. La PSICOLOGA tiene un bloc de papel sobre la falda.

PSICOLOGA ¿Desde cuándo tiene esas migrañas?

MUJER Bueno, desde que recuerdo, siempre he sufrido de dolores de cabeza, pero últimamente se hicieron más frecuentes y más insoportables. A veces me duran todo el día.

PSICOLOGA ¿Y ha ido a ver a un médico por ese problema?

MUJER Fui a varios. No encontraron nada orgánico. Me dieron píldoras de todos los colores. Dicen que es el estrés.

PSICOLOGA ¿Se siente estresada?

MUJER Bueno, sí, un poco.

PSICOLOGA ¿Sabe por qué?

MUJER Creo que sí.

PSICOLOGA ¿Quiere que hablemos de eso?

Pausa.

MUJER Me siento enjaulada.

PSICOLOGA ¿Enjaulada?

MUJER Sí, enjaulada. Así es como me siento.

PSICOLOGA ¿Quién la ha enjaulado?

MUJER ¿Quién? Yo misma. Yo me construí una linda jaula y me metí en ella.

PSICOLOGA ¿Quisiera ser más específica?

MUJER Mire, hace veintiocho años que estoy casada...

PSICOLOGA ¿Y?

MUJER Es mucho tiempo. Es toda una vida.

PSICOLOGA Se supone que el matrimonio es para toda la vida, ¿no?

MUJER Depende del matrimonio.

Pausa.

Muchas veces siento como una opresión en el pecho que no me deja respirar, como si alguien me estuviera prensando... Es un dolor muy intenso... Llego a pensar que estoy a punto de tener un ataque al corazón... Una vez hasta llamé a una ambulancia. Me hicieron toda clase de tests...

PSICOLOGA ¿Y?

MUJER Me dijeron que si de algo iba a morir, no iba a ser del corazón.

Pausa.

A veces tengo fantasías...

PSICOLOGA ¿Qué clase de fantasías? ¿Sexuales?

MUJER (Sonríe.) Bueno, también de esas... Pero no es a lo que me refiero. Tengo fantasías de muerte...

PSICOLOGA ¿Cómo son esas fantasías?

MUJER Me imagino flotando en un lago, entre camalotes y hojas secas.

PSICOLOGA ¿Es una fantasía recurrente?

MUJER Sí, bastante.

PSICOLOGA ¿Y esa imagen le resulta angustiosa?

MUJER No.

PSICOLOGA ¿Le resulta agradable?

MUJER Es como una sensación de alivio.

PSICOLOGA ¿La seduce la idea de la muerte?

MUJER A veces, sí.

PSICOLOGA ¿Por qué querría estar muerta?

MUJER No sé. Porque no hay otra salida.

PSICOLOGA ¿De la jaula?

MUJER Sí, de la jaula.

PSICOLOGA ¿Por qué cree que ha construido esa jaula?

MUJER No sé.

PSICOLOGA ¿Pensó que la protegería?

MUJER Quizás...

PSICOLOGA Pensó que iba a ser un refugio

MUJER Quizás

PSICOLOGA Pero resultó una jaula...

MUJER Así es.

PSICOLOGA ¿Así ve su matrimonio? ¿Como una jaula?

MUJER Sí.

PSICOLOGA ¿Y quién es el carcelero? ¿Su esposo?

MUJER ¡No, pobre! El no tiene nada que ver.

PSICOLOGA ¿No tiene nada que ver?

MUJER El tiene su propia jaula.

Pausa.

Yo soy su jaula.

PSICOLOGA De modo que cada uno tiene su jaula. ¿Y quién les impide salir?

MUJER Usted no parece entender...

PSICOLOGA Explíqueme.

MUJER El me ama.

PSICOLOGA ¿Y?

MUJER Esa es su jaula.

PSICOLOGA ¿Y usted no lo ama?

MUJER No.

PSICOLOGA ¿Desde cuándo siente que no lo ama?

MUJER Nunca lo amé.

PSICOLOGA ¿Nunca?

MUJER Nunca.

PSICOLOGA ¿Por qué se casó con él?

MUJER Porque él me lo pidió.

PSICOLOGA ¿Sólo por eso?

MUJER Estaba embarazada. Quería tener a mi hija...

PSICOLOGA Pero usted sabía ya entonces que no lo amaba...

MUJER Por supuesto.

PSICOLOGA ¿Pensó que no importaba?

Pausa.

MUJER Pensé que era mejor así.

PSICOLOGA ¿Por qué?

Pausa.

MUJER Porque no perdería el control.

PSICOLOGA ¿El control de qué?

MUJER De mi propia vida.

PSICOLOGA ¿Usted imagina el amor como una pérdida de control?

MUJER Más o menos.

PSICOLOGA ¿Y fue mejor?

Pausa.

MUJER No.

PSICOLOGA ¿Cuando descubrió que se había equivocado?

MUJER ¿Cuándo? A la mañana siguiente. Pero traté... ¡Dios sabe que traté!

PSICOLOGA ¿Qué es lo que trató?

MUJER Traté de ser una buena esposa, traté de ser una buena madre. Traté de olvidarme de mi misma...

PSICOLOGA ¿Y lo fue?

MUJER ¿Qué cosa?

PSICOLOGA Una buena esposa y una buena madre.

MUJER ¿Me está jodiendo?

PSICOLOGA No. Le pregunto.

MUJER ¡Claro que no! Bueno, a lo mejor al principio. Pero terminé haciendo infeliz a todo el mundo. Mi esposo es infeliz, mi hija me detesta...

PSICOLOGA ¿Su hija la detesta?

MUJER Sí.

PSICOLOGA ¿Cómo lo sabe?

MUJER Creamé, mi hija no se guarda nada.

PSICOLOGA ¿Se lo dijo?

MUJER ¡Por supuesto!

PSICOLOGA ¿Qué le dijo?

MUJER Que me detestaba.

PSICOLOGA ¿Le dijo por qué?

MUJER Porque soy egoísta, fría, cruel, calculadora, manipuladora, indiferente. ¿Quiere más?

PSICOLOGA ¿Y usted siente que ha sido todo eso?

MUJER Probablemente.

PSICOLOGA ¿Alguna buena cualidad?

Pausa.

MUJER (Piensa.) Soy buena cocinera.

PSICOLOGA ¿Qué hace su hija?

MUJER Es escultora.

PSICOLOGA ¿Escultora? ¿Qué clase de escultora es?

MUJER Hace esculturas abstractas. Trabaja en hierro. Es muy talentosa. Pero tengo que admitir que la mayor parte del tiempo no siento por ella una gran simpatía. Es horrible que una madre diga esto de su hija, pero es la verdad.

PSICOLOGA ¿Por qué no le tiene simpatía?

MUJER Quizás porque se parece a mi. De una manera no muy obvia. En apariencia, es muy diferente. Su forma de vida, sus valores. Pero el parecido está. Lo intuyo, lo percibo.

PSICOLOGA ¿En qué lo percibe?

MUJER Hay una cierta tendencia a la manipulación que reconozco y que conozco demasiado bien. Es como una fractura emocional, que le impide a una amar con plenitud.

PSICOLOGA ¿Y sabe de dónde viene?

MUJER No sé. Probablemente del miedo a resultar herida. Sus relaciones amorosas han sido regularmente un desastre. Los hombres que tuvo siempre han sido más una función que a un deseo. (Sonríe.) Advertirá el parecido... Excepto el primero. Pero ése fue el peor de todos.

PSICOLOGA ¿Quién era?

MUJER Un pintorzuelo sin ningún talento. Bueno, ella no parecía pensar lo mismo. Estaba convencida de que era poco menos que genial. El tipo vivía drogado. Nada liviano, como la marihuana. Morfina, heroína... Y como era de esperar, también la arrastró a ella. Fueron tres años de pesadilla.

Afortunadamente, ella puso salir... Paradójicamente, gracias a su sentido utilitario. El no. El se quedó allí. Para peor, ahora tiene SIDA. ¡Vaya una a saber cómo se la pescó! Ella dice que fue una cuestión de jeringas, pero yo no estoy muy segura. Imagínese mi terror... Pero ella está bien. Los análisis le han dado negativos...

PSICOLOGA ¿Ella sigue con él?

MUJER El esta internado. Se está muriendo.

Pausa.

PSICOLOGA ¿De dónde le viene a su hija el temperamento artístico? ¿De usted?

MUJER Es posible.

PSICOLOGA Hábleme de eso.

MUJER (Sorprendida.) ¿De qué?

PSICOLOGA De su temperamento artístico.

MUJER ¿Qué hay que hablar? Es una tontería.

PSICOLOGA Usted me paga para escuchar tonterías.

MUJER Verdaderamente, no tiene ninguna importancia.

PSICOLOGA Déjeme decidirlo.

MUJER (Halagada, a pesar de si misma.) Digamos que cuando era joven... creí tener condiciones para el canto...

PSICOLOGA ¿Digamos?

MUJER Bueno, quería ser cantante de ópera. Un delirio...

PSICOLOGA ¿Por qué? ¿Qué pasó?

MUJER Obviamente no tenía condiciones.

PSICOLOGA ¿Era tan obvio?

MUJER Yo creo que sí.

PSICOLOGA ¿Pero lo intentó?

MUJER Bueno, sí, lo intenté. No por mucho tiempo.

PSICOLOGA ¿Por qué?

MUJER Ya le dije. No tenía condiciones.

PSICOLOGA ¿Cómo puede estar tan segura? Imagino que el talento necesita tiempo para desarrollarse.

MUJER ¿A usted le gusta la ópera?

PSICOLOGA Sí, bastante.

PSICOLOGA Bueno, pues escuche a la Callas o a la Tebaldi y entenderá a qué me refiero.

PSICOLOGA No todo el mundo puede ser como la Callas o la Tebaldi.

MUJER Mire, la ópera es como esos trapecios de circo. O puede hacerlo o se mata. No hay términos medios.

PSICOLOGA Hay muchas otras cantantes que no son ni la Callas ni la Tebaldi. ¿Por que no se comparó con ellas?

MUJER No me interesa la mediocridad.

PSICOLOGA ¿Y sus profesores? ¿Qué decían ellos?

MUJER Algunos pensaban que tenía condiciones.

PSICOLOGA Pero usted no les creyó.

MUJER No.

Pausa.

PSICOLOGA ¿Qué otros sueños ha tenido?

MUJER ¿Sueños?

PSICOLOGA Ambiciones. Supongo que habrá tenido ambiciones.

MUJER Ser feliz. Quería desesperadamente ser feliz.

PSICOLOGA ¿Y cómo imagina la felicidad?

MUJER (Sonríe.) ¿De veras quiere saberlo?

PSICOLOGA Por supuesto.

MUJER Exactamente como el opuesto de lo que ha sido mi vida.

PSICOLOGA ¿Por qué es tan categórica?

MUJER Porque es la verdad.

PSICOLOGA ¿Nunca se sintió feliz?

MUJER ¿En la vida o en mi matrimonio?

PSICOLOGA En ambos.

MUJER Bueno, en algún momento de mi vida, tal vez. No en mi matrimonio.

PSICOLOGA ¿Nunca?

MUJER No. Creo que no recuerdo un solo día de felicidad.

PSICOLOGA ¿Qué pasaba? ¿Discutían? ¿Había violencia?

MUJER Todo lo contrario. Era muy tranquilo, muy plácido. Mi esposo es una buena persona. Es un hombre dulce y generoso. No ha hecho otra cosa en todos estos años que tratar de complacerme.

PSICOLOGA ¿Y entonces?

MUJER Yo soy el problema.

PSICOLOGA ¿Por que se echa toda la culpa?

MUJER Porque he vivido una mentira. Y veintiocho años de engaño es abrumador.

PSICOLOGA ¿Por qué no lo dejó?

MUJER No sé. Seguramente, porque no tuve el coraje. No soy una persona muy valiente, ¿sabe?

PSICOLOGA ¿Fue solo una cuestión de coraje?

Pausa.

MUJER (Reticiente.) No, no fue solo eso.

PSICOLOGA ¿Qué más fue?

MUJER (Con fastidio.) Usted no parece entender demasiado de la vida, ¿eh? O, a lo mejor, se hace la que no entiende.

PSICOLOGA ¿Qué la hace decir eso?

MUJER Las preguntas que me hace...

PSICOLOGA ¿Le molestan mis preguntas?

MUJER Son preguntas absurdas. (La imita.) "¿Por que no lo dejó?" ¿Cuántas mujeres pasan por este consultorio? ¿A cuántas les ha hecho la misma pregunta?

PSICOLOGA ¿No le parece una pregunta relevante?

MUJER ¿Relevante? ¡Claro que es relevante! Pero no tiene respuesta. Porque si la tuviera, no estaría aquí, ¿no le parece?

PSICOLOGA Bueno, si yo no pensase que las preguntas tienen respuesta, tampoco estaría aquí.

MUJER Usted no es una muy buena psicóloga, permíname la franqueza...

PSICOLOGA ¿Qué le hace decir eso?

MUJER Compíte conmigo. No quiere entenderme; está más ocupada en mostrarme lo inteligente que es.

PSICOLOGA Yo solo trato de entender lo que me está diciendo y ayudarla a que usted lo entienda.

MUJER Pues no lo hace muy bien...

Pausa.

PSICOLOGA ¿Tuvo relaciones con otros hombres durante su matrimonio?

MUJER (Desafiante.) Algunas...

PSICOLOGA ¿Fueron satisfactorias?

MUJER Generalmente, no.

PSICOLOGA ¿Alguna vez estuvo enamorada?

MUJER No me acuerdo...

PSICOLOGA ¿No se acuerda?

MUJER No, no me acuerdo.

PSICOLOGA Ahora se está poniendo hostil.

MUJER Será porque me doy perfecta cuenta de lo que está tratando de hacer.

PSICOLOGA ¿Qué es lo que estoy tratando de hacer?

Pausa.

MUJER Está tratando de quebrarme.

PSICOLOGA ¿Por qué querría quebrarla?

MUJER Porque, en el fondo, usted está tan jodida como yo. Tan frustrada, tan reprimida, tan insatisfecha...

PSICOLOGA ¿Qué la hace suponer eso?

MUJER Las mujeres en mi situación, querida, se huelen, se reconocen, como los perros. ¿Quiere que le diga una cosa? Apenas pisé su consultorio adiviné quién es. Se ve en las paredes, en los muebles, en los cuadros que colgó en la sala de espera. Todo es impersonal, como quien necesita ocultarse bajo una apariencia de eficiente profesionalismo. Usted no se ha echado un buen polvo en años, pero cree que puede disimularlo porque es quien hace las preguntas.

PSICOLOGA ¿Quiere que hablemos de mí o quiere que hablemos de usted?

MUJER Hablemos de usted. Puede ser muy enriquecedor...

Pausa.

PSICOLOGA ¿Se da cuenta de lo que está haciendo?

MUJER (Desafiante.) No. ¿Qué estoy haciendo?

PSICOLOGA Está tratando de provocar una crisis que le permita escapar. ¿Siempre hace eso cuando se acerca mucho a si misma?

Pausa.

MUJER (Recapacita) Una vez me enamoré, sí.

Pausa.

Es una historia absurda. Yo mismo no puedo creerla.

PSICOLOGA ¿Por qué?

MUJER Me hace sentir tan ridícula como un personaje de una novela del siglo XIX. Como Madame Arnoux. ¿Leyó "La educación sentimental", del Flaubert?

PSICOLOGA No.

MUJER Debería leerla. Yo soy Madame Arnoux.

PSICOLOGA ¿Qué le pasaba a Madame Arnoux?

MUJER Estaba casada con un hombre al que no quería y amaba a otro en silencio. Nunca se atrevió a vivir lo que sentía. Tenía más lealtad hacia la institución matrimonial que hacia sí misma.

PSICOLOGA ¿Y qué pasó con ella?

MUJER Nada. Terminó infeliz y emocionalmente reseca. Cuando finalmente decide entregarse al hombre que ama, él la rechaza. ¿Sabe por qué? Porque cuando ella se saca el sombrero, él advierte un mechón de pelo blanco y eso le repele... Es una escena patética.

PSICOLOGA ¿Y usted se siente igual?

MUJER Mi historia es todavía más patética...

PSICOLOGA ¿Quiere contármela?

MUJER Nunca se la conté a nadie.

PSICOLOGA ¿Por qué?

MUJER Porque pensarían que estoy loca.

PSICOLOGA ¿Y usted qué piensa?

MUJER No sé...

PSICOLOGA ¿No sabe?

MUJER No. Bueno, digamos que si alguien me contase esta historia, si alguien me dijese que algo así le estaba pasando... No sé... pensaría que no vive en un mundo real.

PSICOLOGA ¿Por qué?

MUJER (Se ríe.) El hombre de quien me enamoré no sabe que estoy enamorada de él.

PSICOLOGA Eso pasa a menudo, ¿no?

MUJER ¡El ni siquiera sabe que existo! Y, sin embargo, ha sido como una sombra a lo largo de toda mi vida. Se ha metido en mi cama, en mis sueños, se ha apoderado de mi pensamiento. Lo peor es que yo sé que es una fantasía, no me engaño. Pero las fantasías pueden muchas veces envenenarte la existencia.

PSICOLOGA ¿Y eso es lo que le pasó?

MUJER Sí.

PSICOLOGA ¿Quién es él?

Pausa.

MUJER Es un escritor... conocido.

PSICOLOGA ¿Se enamoró de él leyendo sus libros?

MUJER No.

Pausa.

Una vez, hace muchos años, lo vi en París. Entonces no tenía la menor idea de quién era. Yo había ido a París por seis meses, a estudiar canto. Fue en mi último día. Había ido a tomar el Metro en la estación del Boulevard Saint Michel, como siempre lo hacía. Nos cruzamos en la escalera mecánica. El subía y yo bajaba. No sé por qué me fijé en él. Quizás porque sentí su mirada. Era una mirada de asombro, de sorpresa. Se veía tan joven, tan inseguro, tan vulnerable... Mucho más que yo. No fueron más que unos segundos, pero me alcanzaron para saber...

PSICOLOGA ¿Para saber qué?

MUJER Que le pertenecía. Que iría con él a donde fuera, que haría lo que me pidiese... Nunca más volví a sentir nada parecido.

PSICOLOGA ¿Eso fue todo? ¿Una mirada?

MUJER ¿Le parece poco? ¿Qué más se necesita? Pero hubo más que eso. Un día, algunos meses después, ya en Buenos Aires, vi su foto en el diario. No podía creerlo. Nunca imaginé que viviéramos en la misma ciudad. Resultó que era escritor. Iba a dar una conferencia sobre Flaubert. Fui a verlo, pero me senté en la última fila, detrás de una columna.

PSICOLOGA ¿No se acercó a hablarle?

MUJER No

PSICOLOGA ¿Por qué?

MUJER Porque soy una idiota. Me moría de vergüenza.

PSICOLOGA ¿Vergüenza de qué?

MUJER ¡Qué se yo! Vergüenza. Sentía que mis sentimientos estaban tan a flor de piel, que era como si estuviese desnuda.

PSICOLOGA ¿Nunca más volvió a verlo?

MUJER ¡Oh, sí! ¡Lo vi infinidad de veces! Cada vez que daba una conferencia o presentaba un libro, corría a verlo.

PSICOLOGA ¿Siempre en la última fila?

MUJER Detrás de la columna...

PSICOLOGA ¿Nunca se atrevió a hablarle?

MUJER No. ¿Qué podía decirle? ¿Yo soy la que lo miró un día en el Metro de París?

Me habría tomado por una de esas locas cazadoras de autógrafos...

PSICOLOGA ¿El está vivo?

MUJER Está ciego. Como ve, todo está perdido...

Pausa.

PSICOLOGA ¿Cómo conoció a su marido?

MUJER Habíamos sido amigos por mucho tiempo. Nunca pensé en él románticamente, pero una tarde, casi sin quererlo, nos encontramos en la cama. Yo quedé embarazada y él me propuso matrimonio. Cuando le dije que si... sabía que estaba cometiendo un error. Pero quería tener una hija. Quería paz. Pensé que bastaba con tener una vida tranquila. El tenía una buena posición y me mimaba como a una criatura. Pero mi corazón nunca estuvo en esa casa.

Pausa.

Me sentía tan culpable por no quererlo que me convertí en una especie de máquina perfecta. Era el ama de casa perfecta, la madre perfecta, la perfecta nuera y la perfecta anfitriona. Para esa época empezaron los dolores de cabeza. Después me volví impaciente. Todo lo que él decía me irritaba. Y mi hija lo advertía. Un día, creo que no tenía más de cinco años, me preguntó por qué lo trataba tan mal a papá.

Pausa.

Pensé que tener amantes ocasionales me tranquilizaría, pero me hacían sentir más culpable. Algunos de estos encuentros fueron verdaderamente lastimosos... Solo me sentía bien cuando iba a verlo a alguna de sus conferencias.

Pausa.

Una vez, en una de esas conferencias, me pareció advertir que él me miraba fijamente. Me había sentado, como siempre, en la última fila, pero en esa sala no había columnas. El hablaba y parecía no quitarme los ojos de encima. Sentí que me sofocaba. El corazón me palpitaba como si fuera una colegiala. Pensé

que a lo mejor me había reconocido, que se había producido el milagro. Había ido con una amiga y le pregunté muy al pasar si no había tenido la misma impresión. Ella se largó a reír. Cuando le pregunté por qué se reía, me miró con los ojos llenos de burla y me dijo: ¿Mirarte? ¿Cómo puede mirarte? ¡El pobre está más ciego que un topo!"

Pausa.

Ahí me enteré de su ceguera. El mundo se me derrumbó.

Pausa.

Nunca más volví a sus conferencias.

Pausa.

PSICOLOGA ¿Y ahora está arrepentida?

MUJER ¿Arrepentida?

PSICOLOGA Quiero decir, ¿lamenta no haber actuado de otra manera?

MUJER ¿Usted qué cree?

PSICOLOGA ¿Qué cree usted?

Pausa.

MUJER ¿Sabe lo que de veras lamento? Lamento no tener otra oportunidad...

Lamento que las decisiones que una toma en la vida sean inapelables. Una esta tan mal preparada para tomar decisiones y resulta que eso que uno hace cuando es joven y tarada, termina por costarte toda la vida.

Pausa.

Lamento no haber podido ayudar mejor a mi hija. ¡Quería tanto que fuera diferente de mí! Pero una no puede enseñar por la negativa. No puede decir "no hagas como yo, no seas como yo", porque en ese mismo acto se desautoriza. Mi hija siempre supo leer mi corazón y, créame, no fue una gran escuela. Por suerte se va a vivir a Londres. Estoy segura de que va a hacerle mucho bien. Ella está muy ilusionada.

Pausa.

PSICOLOGA (Consulta el reloj, se pone de pie.) Bueno, el tiempo se acabó. Si le parece, seguimos en la próxima sesión.

La MUJER se incorpora rápidamente. Le da la mano.

MUJER Gracias. Hasta la semana próxima entonces...

PSICOLOGA Que le vaya muy bien.

Abre la puerta del consultorio. Sale y se cruza con el HOMBRE, que viene entrando. Intercambian un gesto de saludo. La MUJER sale.

Escena IV

El HOMBRE se asoma al consultorio.

HOMBRE (A la PSICOLOGA.) ¿Es tu última paciente?

PSICOLOGA Sí.

HOMBRE ¿Puedo entrar un minuto?

PSICOLOGA Sí, claro.

El HOMBRE se sienta en el sillón mientras la PSICOLOGA recoge sus papeles.

HOMBRE ¿Tuviste un buen día?

PSICOLOGA Normal. ¿Y vos?

HOMBRE (Sombrío.) Regular.

Pausa.

PSICOLOGA (Con intención.) ¿Pasó algo?

HOMBRE (Evasivo.) Bueno, en realidad, sí...

La PSICOLOGA sigue arreglando sus papeles.

PSICOLOGA ¿Querés contarme?

Pausa.

HOMBRE Perdí mi trabajo...

PSICOLOGA (Sacudida.) ¿Qué?

HOMBRE Me despidieron.

PSICOLOGA ¿Qué significa que te despidieron?

HOMBRE Significa que no tengo más mi trabajo. Estoy, como se dice, desempleado.

PSICOLOGA ¿Por qué?

HOMBRE Bueno, es una historia un poco complicada...

PSICOLOGA (Firme.) Bueno, aunque sea complicada quiero escucharla.

HOMBRE (Se pone de pie.) Si no te importa, me gustaría dejarlo para otro

momento. Creo que tuve bastante con lo que pasó en el día de hoy.

PSICOLOGA (Irritada.) ¿No esperarás que me sienta pacientemente a esperar que tengas ganas de contarme lo que está pasando?

HOMBRE Estoy pasando por una crisis, ¿OK? Eso es todo lo que está pasando...

PSICOLOGA Muy bien. Yo entiendo de crisis.

HOMBRE Ya sé, pero yo no soy tu paciente.

PSICOLOGA Con más razón.

Pausa.

HOMBRE (Indeciso.) No sé. Me están pasando cosas...

PSICOLOGA ¿Qué clase de cosas?

HOMBRE Cosas que yo mismo no me explico, pero me están pasando... No lo puedo evitar... Y eso, obviamente, repercutió en el trabajo. Perdí un cliente importante y, por lo visto, no me lo perdonan... Tengo que admitir que nada de lo que me dijeron me tomó por sorpresa... Más aún, lo estaba esperando. Era, simplemente, una cuestión de cuándo. (Sonríe.) La verdad es que ellos estaban tan sorprendidos como yo... Me ofrecieron una buena indemnización. No puedo quejarme...

Pausa.

PSICOLOGA ¿Estás teniendo un affaire?

HOMBRE (Finge sorpresa.) ¿De qué estás hablando?

PSICOLOGA Pregunto si estas teniendo un affaire.

HOMBRE No. ¿Qué affaire?

PSICOLOGA ¿Estás viendo a alguien?

HOMBRE Bueno, depende de lo que entiendas por ver...

PSICOLOGA ¡No empieces a jugar semánticamente conmigo!

HOMBRE La verdad es que no sé bien de qué estas hablando...

PSICOLOGA ¿No? ¡Pues yo sí!

HOMBRE A lo mejor, sabés más que yo.

PSICOLOGA Sé todo lo que tengo que saber.

HOMBRE ¿Entonces para qué me preguntás?

Hace ademán de irse.

PSICOLOGA (Nerviosa.) Sacaste veinte mil dólares de nuestra cuenta...

HOMBRE (Se detiene. Titubea.) Bueno, sí... ¿Y, qué?

PSICOLOGA (Escandalizada.) ¿Y, qué?

HOMBRE Sí, ¿y, qué?

PSICOLOGA ¿No te parece que merezco ser informada?

HOMBRE Compré un cuadro...

PSICOLOGA (Incrédula.) ¿Cómo?

HOMBRE Te lo dije...

PSICOLOGA ¡No me dijiste que costó veinte mil dólares!

HOMBRE Bueno, pero eso es lo que me costó. ¿Querés ver el recibo?

PSICOLOGA (Trastornada.) ¡Veinte mil dólares! ¿Te volviste loco?

HOMBRE Lo siento. El arte es caro... De verdad no pensé que lo tomarías tan mal. Siempre me reprochaste que no me interesaba el arte....

PSICOLOGA ¿Me estas jodiendo?

HOMBRE No, ¿por qué?

PSICOLOGA (Alterada.) ¡No tenías derecho!

HOMBRE ¿No tengo derecho a comprar un cuadro?

PSICOLOGA ¿Por veinte mil dólares?

HOMBRE Me gustó. Quise comprarlo. ¿Qué tiene de malo? Compramos cosas que costaron más que eso.

PSICOLOGA ¿Me tomás por una boluda?

HOMBRE No. ¿De qué estas hablando?

PSICOLOGA ¡Vos debés estar convencido de que soy una boluda!

HOMBRE ¿Por qué decís eso?

PSICOLOGA (Grita.) ¡Ese dinero no era tuyo!

HOMBRE ¿Eso qué significa?

PSICOLOGA ¡Era de los dos!

HOMBRE ¡Todo es de los dos! ¡Cada puto objeto en esta casa es de los dos! ¿Eso quiere decir que tengo que andar pidiendo permiso?

PSICOLOGA ¿Así que ahora te hacés el ofendido? ¿Te patinás veinte mil dólares en un cuadro de mierda y te hacés el ofendido? ¿Y yo? ¿Cuándo es mi turno de

ofenderme?

HOMBRE No sé de qué estas hablando.

PSICOLOGA ¡Quiero saber qué carajo está pasando!

HOMBRE (Grita.) ¡No sé qué esta pasando! Vos parecés saberlo. ¡Decímelo vos!

PSICOLOGA ¿Y encima venís a anunciarme todo tranquilo que perdiste tu trabajo?

HOMBRE Cuando compré el cuadro no sabía que iba a perder mi trabajo.

PSICOLOGA Decime: ¿no te parece raro? ¡Nunca en tu vida pisaste un museo! ¡En París tuve que pedirte de rodillas para que me llevaras al Louvre! ¿Y de repente te da por comprar un cuadro?

HOMBRE Uno puede cambiar...

PSICOLOGA (Sarcástica.) ¿Ah, sí? ¿Así que ahora sos coleccionista de arte?

HOMBRE (Levanta la voz.) ¿De qué carajo estas hablando? ¿Acaso vos coleccionás lavarropas o de muebles de salón? ¡Compré un cuadro, no una colección!

PSICOLOGA (Levanta la voz a su vez.) ¡Veinte mil dólares!

HOMBRE ¡A la mierda con los veinte mil dólares!

PSICOLOGA ¡Era la plata que íbamos a usar para hacer un viaje juntos! ¿No pensaste en eso?

HOMBRE (Baja la voz, cansado.) Pues, por lo visto, no vamos a hacer ningún viaje juntos.

PSICOLOGA ¡Hijo de puta, estás cogiéndote a alguien! ¡Ahí fueron los veinte mil dólares!

HOMBRE No estoy cogiéndome a nadie.

PSICOLOGA Entonces, ¿qué mierda está pasando?

HOMBRE Ya te lo dije, no sé cómo explicar lo que me pasa...

PSICOLOGA Hacé un esfuerzo, ¿a ver?

HOMBRE ¿Por qué tengo que explicarme? ¿Por qué tengo que justificar todo lo que hago? Estoy hartos. Pensá lo que quieras.

Se dispone a irse.

PSICOLOGA (Trata de serenarse.) El otro día vino a verme una chica, ¿sabés? Dijo que venía a hacerme una consulta. Una chica joven. Debía tener menos de treinta.

El HOMBRE se detiene.

HOMBRE ¿Y?

PSICOLOGA Me contó que había conocido un hombre mayor, casado, que habían tenido una muy breve relación...

HOMBRE (Sospechoso.) ¿Quién era?

PSICOLOGA No puedo decirte su nombre. Tampoco sé si el que me dio es el verdadero. Me dijo que era escultora...

HOMBRE (Alerta.) ¿Te dijo que era escultora?

PSICOLOGA Sí.

HOMBRE ¿Qué más te dijo?

PSICOLOGA Me dijo que desde hacía un tiempo, el tipo se dedicaba a seguirla...

HOMBRE (Empalidece.) ¿Ella te dijo eso?

PSICOLOGA Sí. Dijo que se imaginaba que el hombre que la seguía seguramente pensaba que ella no se daba cuenta.

HOMBRE (Furioso.) ¡Hija de puta, estás inventándolo todo!

PSICOLOGA No.

HOMBRE ¿De dónde sacaste esa historia?

PSICOLOGA Ya te lo dije. Me lo contó esta paciente.

HOMBRE ¿Por que no fue a la policía?

PSICOLOGA No sé. Dijo que estaba confusa.

HOMBRE ¿Confusa? ¿Dijo que estaba confusa?

PSICOLOGA Sí.

HOMBRE Entonces probablemente no le molesta.

Pausa.

La PSICOLOGA abre el cajón de su escritorio. Saca una caja. La abre. Le muestra su contenido. Hay una peluca, bigotes, un par de anteojos oscuros.

PSICOLOGA ¿Tenés idea de lo que es esto?

El HOMBRE se sonroja.

HOMBRE Nada.

PSICOLOGA ¿Nada?

HOMBRE Obviamente es una peluca y bigotes postizos. ¿Dónde los encontraste?

PSICOLOGA En tu escritorio.

Trata de manotear la caja. Ella se lo impide.

HOMBRE ¿Así que ahora te dedicás a revisar mis cosas?

PSICOLOGA ¿Qué hacés con eso?

HOMBRE ¡No es asunto tuyo! ¡Dame esa caja!

Vuelve a manotear la caja sin éxito.

PSICOLOGA ¿Así que no es asunto mío?

HOMBRE No.

PSICOLOGA ¿Qué carajo estás haciendo? ¿Tenés idea de lo que estás haciendo?

HOMBRE Hago lo que puedo...

PSICOLOGA ¿Estás siguiendo a esa chica?

HOMBRE A veces....

PSICOLOGA ¿Por qué?

HOMBRE No sé.

PSICOLOGA ¿No sabés?

HOMBRE Supongo que porque estoy enamorado de ella...

PSICOLOGA Y la seguís...

HOMBRE Sí.

PSICOLOGA ¿Con que propósito?

HOMBRE No sé. Verla...

PSICOLOGA (Incrédula.) Verla...

HOMBRE Sé que lo que te estoy diciendo no tiene ningún sentido para vos. No espero que lo tenga. Pero lo tiene para mí. Aunque no lo entiendo bien... No puedo hacer otra cosa. No me interesa hacer otra cosa.

Pausa.

PSICOLOGA ¿Te das cuenta de lo que sos?

HOMBRE (Desafiante.) No. ¿Qué soy?

PSICOLOGA ¡Sos un perverso de mierda! ¡Un mirón! ¡Un viejo verde que se dedica a seguir adolescentes! ¡No puedo creerlo!

HOMBRE No es ninguna adolescente.

PSICOLOGA ¡Comparada con vos es una adolescente, hijo de puta! (Pasea,

nerviosa.) Hace veinte años que vivimos juntos... De repente no sé quién sos...
¡Veinte putos años! ¿Vas a tirarlo todo a la basura? ¡Decime! ¿A cambio de qué?
¿Qué clase de vida esperás tener de aquí en más? ¿Qué vas a decirles a los chicos?

HOMBRE No sé... Honestamente, no sé...

PSICOLOGA Estás enfermo, ¿sabés?

HOMBRE Yo no estoy enfermo.

PSICOLOGA Sí lo estás, puedo reconocer todos los síntomas.

HOMBRE ¿Por qué no me lo dijiste antes?

PSICOLOGA ¿Antes? ¿Cuando?

HOMBRE No sé. En todos estos años. ¿Por qué no me dijiste que estaba enfermo?

PSICOLOGA Porque no me daba cuenta.

HOMBRE A lo mejor la enfermedad fueron todos estos años. A lo mejor estuve enfermo veinte años y lo que me está pasando ahora es que, por fin, me empiezo a sanar.

PSICOLOGA ¡Sos un hijo de puta! ¿Cómo te atrevés a llamar enfermedad a nuestro matrimonio? ¿Querés herirme más de lo que ya lo hiciste?

El HOMBRE la toma por los hombros, la sacude.

HOMBRE ¿Cómo pudiste vivir así conmigo todos estos años?

PSICOLOGA ¿Qué hacés? ¡Soltame!

HOMBRE ¡Sin pasión! ¡Veinte años sin pasión!

PSICOLOGA (Se desprende de él.) ¡No me toques! ¡Me das asco!

Pausa.

¿Quién dice que no tuve pasión?

HOMBRE ¡Dejá de mentirte!

PSICOLOGA (Desafiante.) A lo mejor no supiste reconocerla.

HOMBRE ¿Y por qué nunca me lo echaste en cara? ¿Por qué no me lo reprochaste?

PSICOLOGA (Evasiva.) Una tiene que aprender a vivir con lo que tiene.

HOMBRE ¡Eso es patético!

PSICOLOGA El matrimonio es mucho más que lo que sucede en la cama.

HOMBRE Alguna vez... en algún momento... ¿sentiste pasión por mí?

PSICOLOGA Siempre te quise. Todavía te quiero.

HOMBRE ¡Hablo de pasión!

PSICOLOGA Una no puede inventarse la pasión. Alguien tiene que encenderla.

HOMBRE ¡Justamente de eso estoy hablando!

PSICOLOGA Ningún matrimonio es perfecto. Hay muchas otras cosas que también me importan.

HOMBRE ¿Otras cosas? ¿Qué clase de cosas?

PSICOLOGA Me importa mi trabajo, el bienestar de mi familia, el estado del mundo. No puedo andar como una chiquilina preocupándome solamente de lo que pasa con mis hormonas.

HOMBRE Quizás si sintieras lo que yo siento verías las cosas de otra manera.

PSICOLOGA ¿Si sintiera lo que sentís? ¡Ni vos mismo sabés lo que sentís!

HOMBRE ¡Me siento vivo! ¡Por primera vez en mi vida me siento vivo!

PSICOLOGA ¿Por eso te pasás el día siguiendo a esa chica?

HOMBRE La sigo para no tener que esperar, para no tener que adivinar. Me da placer estar cerca de ella. Es más de lo que puedo decir de vos.

PSICOLOGA ¡Estás enfermo! ¡Necesitás terapia!

HOMBRE ¿Para hacer qué? ¿Para volver al banco?

PSICOLOGA Para recuperar la razón, para volver a ser el que eras.

HOMBRE ¡No me gusta el que era!

PSICOLOGA Eras una persona responsable.

HOMBRE ¡Dale! ¿Qué carajo es una persona responsable? ¿Alguien que sale todas las mañanas hacia su oficina y vuelve todas las noches para la cena? ¿Eso es una persona responsable? Un día me habría caído muerto en la oficina, como Palmieri, y nadie sabría qué decir en mi funeral.

Pausa.

Esta mañana me encontré con un escritor... No me acuerdo cómo se llama. El ciego. Seguro que lo viste alguna vez....

PSICOLOGA (Con sospecha.) ¿Dónde te encontraste?

HOMBRE En la Plaza San Martín. Siempre va por allí.

PSICOLOGA ¿Qué hacías en la San Martín?

HOMBRE. Nada. Fui a sentarme en un banco.

PSICOLOGA ¿En una plaza?

HOMBRE ¿Qué tiene de malo?

PSICOLOGA No me extraña que te hayan echado. Tu secretaria estuvo llamando como loca toda la mañana, tratando de averiguar dónde estabas.

HOMBRE Tuvimos una conversación muy interesante.

PSICOLOGA ¿Ah, si?

HOMBRE Hablamos un rato largo. Me explicó una extraordinaria teoría...

PSICOLOGA (Suspica.) ¿Qué clase de teoría?

HOMBRE Bueno, él dice que es posible que esta realidad en la que vivimos, esto que nos sucede, no sea todo. Quiero decir, que no sea más que una probabilidad. Pero también hay otras probabilidades. Y es posible que esas otras tantas probabilidades también se estén dando ahora mismo, en mundos idénticos a éste, ¿comprendés?

PSICOLOGA (Desconfiada.) Yo sé muy bien qué es lo que está sucediendo. No necesito de ninguna teoría.

HOMBRE Tal vez en otra realidad, vos y yo no estamos teniendo esta conversación.

PSICOLOGA Eso es lo que te gustaría creer.

HOMBRE Es una probabilidad.

PSICOLOGA Eso que decís es ridículo.

Pausa.

HOMBRE ¿Sabés? Tenía veinticinco años cuando entré a trabajar al banco. Ahora tengo cincuenta.

PSICOLOGA ¿Y eso qué tiene que ver?

HOMBRE Les di la mitad de mi vida, ¿te das cuenta? ¿Qué hicieron con la mitad de mi vida? ¿Para qué la usaron? ¿De qué sirvió? Ni siquiera puedo volver a mi oficina. No tengo derecho a volver al lugar donde pasé los últimos veinticinco años.

PSICOLOGA Vos estás actuando de la misma manera.

HOMBRE ¿Con ellos?

PSICOLOGA Conmigo. Yo también te di la mitad de mi vida.

HOMBRE Estoy enamorado, ¿no lo podés entender?...

PSICOLOGA Estás infatuado con una jovencita. Les pasa a todos los hombres cuando llegan a tu edad. Empiezan a sentir que su sexualidad declina y creen que un romance nuevo va a volver a levantar llamas de las brasas.

HOMBRE ¿Y qué si es así?

PSICOLOGA La mayoría no todos son tan tontos de jugarlo todo a una aventura pasajera.

HOMBRE Yo no me propuse que las cosas fueran de esta manera.

PSICOLOGA Si querés saberlo, yo también tuve oportunidades... Podría haber tenido otros hombres, otras relaciones. Casi puedo decir que estuve a punto de enamorarme...

HOMBRE ¿A punto? ¿Qué significa "a punto"?

PSICOLOGA Que no permití que me pasara.

HOMBRE ¿Por qué?

PSICOLOGA ¡Por vos! Porque yo sí tengo lealtad, yo sí me siento responsable.

HOMBRE ¿Quién era él?

PSICOLOGA No tiene importancia...

HOMBRE ¿Quién era?

PSICOLOGA Alguien que conocí en un congreso...

HOMBRE ¿Cogiste con él?

Silencio.

¿Lo hiciste?

PSICOLOGA Sí.

HOMBRE ¿Y?

PSICOLOGA ¿Qué significa "Y"?

HOMBRE ¿Fue diferente?

PSICOLOGA ¡Claro que fue diferente!

HOMBRE ¿De qué manera?

PSICOLOGA No quiero hablar de eso.

HOMBRE ¿Sentiste pasión?

PSICOLOGA (Desafiante.) Sí, sentí pasión.

HOMBRE ¿Por qué no te quedaste con él? ¿Por qué no me dejaste?

PSICOLOGA Ya te lo dije. Porque soy leal.

HOMBRE ¿El se hubiera ido con vos?

PSICOLOGA No lo sé.

HOMBRE ¿No te lo dijo?

PSICOLOGA No hablamos de eso.

HOMBRE ¿Por qué?

PSICOLOGA Supongo que porque los dos sabíamos que era imposible.

HOMBRE El es casado...

PSICOLOGA Sí.

HOMBRE Entonces no fue la lealtad, después de todo...

PSICOLOGA ¡Fue también la lealtad, hijo de puta! ¡No Vengas a distorsionarlo todo!

Pausa.

HOMBRE ¿Sabés? Ultimamente tengo la impresión de que cada día es como un salto al vacío. Y esta no es una metáfora. Es real. Lo sé. Lo siento, físicamente... Y eso, naturalmente, me llena de miedo... Pero sigo caminando... Tengo que seguir caminando...

PSICOLOGA Vas a dejarme.

HOMBRE Sí.

PSICOLOGA Te vas a arrepentir.

HOMBRE No, no voy a arrepentirme.

PSICOLOGA ¿Qué vas a hacer? ¿Lo pensaste?

HOMBRE El ciego, el escritor, me contó un cuento, ¿sabés? Un hombre conoce una mujer en un barco. No se dicen mucho, pero él queda prendado de ella. A la mañana siguiente le dicen que la mujer es la amante de un mafioso, pero a él no le importa. Cuando ella desembarca, la sigue. Se instala en un café de la plaza y la espera. Por fin, una mañana, ella aparece. Quedan en encontrarse esa noche. Pero alguien le manda una carta advirtiéndole que si no se va, van a ir por él a la mañana siguiente a matarlo. El se queda. Pasa la noche con ella y a la madrugada lo matan. ¿Por qué lo hace?

PSICOLOGA Porque es un inconsciente.

HOMBRE Yo también me hubiera quedado. Ahora lo sé.

PSICOLOGA O estás muy enfermo o sos un gran hijo de puta...

HOMBRE Ella me llamó ayer... Dijo que quería verme...

PSICOLOGA Eso es todo lo que te importa.

HOMBRE Sí.

PSICOLOGA Dejaste de ser marido, dejaste de ser padre. Ya no tenés responsabilidades...

HOMBRE Tengo que irme...

PSICOLOGA ¡Contestame!

HOMBRE Tengo que irme.

PSICOLOGA Si te vas ahora, no volvés más.

El HOMBRE se pone la peluca, el bigote postizo y los anteojos negros.

HOMBRE Tengo que irme. Adiós.

Sale.

Escena V

La luz se apaga en el consultorio de la PSICOLOGA y se enciende en otro sector del escenario. Es la Plaza San Martín. El CIEGO esta sentado en el banco. Está más abrigado que en la primera escena. La MUJER entra tímidamente. Se sobresalta al verlo. Tras un instante de duda, se sienta en el extremo opuesto del banco.

CIEGO (Cuando advierte su presencia.) Pronto va a empezar a hacer frío. El otoño en Buenos Aires es cada vez más corto, ¿no lo ha notado?

MUJER La verdad que no le presté atención...

CIEGO Antes el frío no empezaba hasta fines de mayo. Pero ahora hace frío en abril. O a lo mejor no es más que una impresión y lo que pasa es que me voy poniendo cada vez más viejo...

MUJER Hoy está bastante fresco...

CIEGO ¿Le parece? Bueno, eso me tranquiliza. No me gustaría descubrirme mas viejo de lo que verdaderamente soy...

Pausa.

(Se vuelve hacia ella.) Perdone, pero ¿no nos hemos visto antes? (Recapacita.) Bueno, "visto" es una manera de decir... Pero me parece reconocerla... de la manera en que reconocemos los ciegos, claro... Una fragancia familiar, una palabra, un tono de voz...

MUJER ¿De dónde podría conocerme?

CIEGO No lo sé. Quizás de aquí mismo.

MUJER Es la primera vez que vengo a sentarme aquí.

CIEGO Entonces, obviamente, debe haber sido de otro lado... A veces tengo la impresión, pero esto no puedo asegurárselo, de que cada persona emite unas ondas que le son tan peculiares como una huella digital y que nos permiten adivinar su presencia. ¿A usted no le pasa?

MUJER No lo sé. Yo no soy ciega...

CIEGO Pero no es necesario que lo sea. ¿No le sucede a veces que intuye la presencia de una persona sin verla?

MUJER Bueno, sí, tiene razón. Algunas veces me pasa...

Pausa.

CIEGO Usted parece una persona triste. Perdóneme el comentario, pero a los viejos nos están permitidas ciertas licencias. O, a lo mejor no es que nos están permitidas, sino que, simplemente, nos arrogamos ese derecho...

MUJER ¿Qué derecho es ese?

CIEGO El de ser francos.

Pausa.

MUJER Estoy triste. Mi hija murió hace un mes...

CIEGO ¡Cuánto lo siento!

Pausa.

¿Estaba enferma?

MUJER La mataron...

CIEGO (Horrorizado.) ¿La mataron?

MUJER De una forma brutal e incomprensible.

CIEGO Toda violencia es incomprensible, ¿no?

MUJER Estaba a punto de irse... Iba a viajar esa misma noche a Londres... Vivir en Inglaterra fue siempre su sueño... Eso lo hace más trágico todavía. No tenía ni treinta años... Era hermosa, talentosa, brillante...

CIEGO ¿Quién la mató?

MUJER (Se encoge de hombros.) Alguien. Nadie. El hombre que la mató no podía ser más insignificante... Cuando la policía lo encontró ni siquiera pudo explicar por qué lo había hecho...

CIEGO ¿Ella lo conocía?

MUJER Bueno, sí... No se muy bien cómo, pero se conocían... El insinuó que habían tenido una relación...

CIEGO ¿Ella nunca se lo mencionó?

MUJER Ella y yo no hablábamos mucho... Culpa mía... Una de las terribles consecuencias de perder un ser querido es que también perdemos la posibilidad de corregir los errores que hemos cometido.

CIEGO ¿Y cómo la mató?

MUJER La estranguló. Suena horrible, ¿verdad? No me acostumbro a decirlo. Fue en el departamento de ella. Cuando la policía lo encontró, él todavía estaba sentado en el piso, junto al cuerpo de ella. Estuvo así por más de seis horas...

CIEGO ¿Quién es él?

MUJER Esto es lo más absurdo y lo más inexplicable... ¡El es el esposo de mi terapeuta! La psicóloga a la que voy... No es que esta coincidencia tuviera nada que ver. Pero, precisamente por eso, todo se torna más alucinante.

CIEGO ¿Pudo hablar con ella?

MUJER Sí, hablé con ella. Naturalmente, está deshecha... Apparently, su marido estaba pasando por un período de gran depresión... Acababa de perder su trabajo en un banco y se había ido de casa... Su mujer dice que estaba obsesionado con mi hija... Se dedicaba a seguirla...

CIEGO Ella lo sabía...

MUJER Ella dice que sí.

CIEGO Fue un crimen pasional, entonces...

MUJER Bueno, eso no lo hace más tolerable.

CIEGO No, discúlpeme, no lo dije con esa intención. Pero no puedo evitar pensar hasta qué punto la pasión amorosa contiene, en parte iguales, lo más sublime y lo más abyecto. A veces estas partes se oponen, otras veces se complementan y en ocasiones, se confunden.

Pausa.

MUJER Usted lo llama pasión; yo lo llamo locura. Ese hombre estaba loco.

Cuando lo encontraron, tenía puesta una peluca y un bigote postizo.

CIEGO A lo mejor estaba tratando de hacerse pasar por otra persona.

MUJER Pero si mi hija lo conocía, si tuvieron una relación como él afirma, ¿por qué querría hacerse pasar por otra persona? De todos modos, saberlo no va a devolvérmela... Que el hombre lidie con su propio infierno.

Pausa.

Es curioso como el destino juega con nosotros...

CIEGO ¿Qué la hace decir eso?

MUJER Muchas veces quise acercarme a hablar con usted, pero nunca pensé que lo haría en estas circunstancias...

CIEGO (Con sorpresa.) ¿Usted me conoce?

MUJER Por supuesto.

CIEGO Entonces estaba en lo cierto.

MUJER Que yo lo conozca no significa que usted me conozca a mí.

CIEGO Pero dice que hubiera querido hablar conmigo...

MUJER Sí.

CIEGO ¿Y por qué no lo hizo?

MUJER Usted lo hace parecer tan simple...

CIEGO ¿Y no lo es?

MUJER Usted, probablemente, no tiene idea de su propia importancia. Pero la gente se intimida ante alguien como usted. Yo en particular...

CIEGO ¿Por qué usted en particular?

MUJER Porque soy extremadamente tímida. No siempre, pero en ciertas situaciones...

CIEGO ¿Y dónde podría haberme hablado?

MUJER En sus conferencias... Lo fui a escuchar infinidad de veces...

CIEGO Ahí tiene. Quizás por eso pensé que la reconocía. Tal vez un aroma que llegaba hasta el podio...

MUJER No lo creo. Siempre me sentaba en la última fila...

CIEGO ¿A propósito?

MUJER (Riendo.) Me temo que sí.

CIEGO ¡Qué raro! ¿Y por qué?

MUJER No sé. Estaba aterrorizada.

CIEGO ¡Caramba! Nunca me imaginé que podría inspirar terror...

MUJER No era un terror que usted inspirase. Era el terror a mis propios sentimientos...

CIEGO ¿Y qué clase de sentimientos eran esos?

MUJER (Reticente.) No sé si quiero hablar de esto ahora...

CIEGO Eso me intriga aún más.

MUJER Lo sé. Pero no puedo evitarlo. Perdóneme, pero a menudo me siento como un personaje de Flaubert...

CIEGO ¿Cuál de ellos? ¿Madame Bovary?

MUJER No, no Bovary. Estoy más cerca de Madame Arnoux, la de "La educación sentimental"...

CIEGO ¿Y dice usted que mis libros la han hecho sentir de esa manera?

MUJER Yo no he dicho que sus libros...

CIEGO Usted me desconcierta...

MUJER Yo lo conocí a usted mucho antes que a sus libros...

CIEGO ¿Mucho antes? ¿Cuándo?

MUJER Usted y yo éramos muy jóvenes...

CIEGO ¡Ahora sí me tiene atrapado! ¡Ojalá pudiera verla! ¿Dónde dice que me conoció?

MUJER Bueno, no es que lo hubiera conocido. Lo vi...

CIEGO ¿Me vio? ¿Y cómo sabía que era yo?

MUJER Bueno, usted era usted...

CIEGO Pero usted no sabía que era yo.

MUJER No. En realidad, no sabía quién era...

CIEGO Pero se acuerda...

MUJER Absolutamente.

CIEGO Debo haber hecho algo extremadamente torpe para que usted no se haya olvidado...

MUJER No, no hizo nada.

CIEGO Perdóneme la insistencia y le aseguro que no es coquetería. Pero siento una extrema curiosidad por resolver este enigma...

MUJER Me esta forzando a hablar de algo de lo que prefiero no hablar...

CIEGO ¿Por qué? ¿Es una historia vergonzosa? Porque soy consciente de haber hecho algunas cosas de las que no me siento particularmente orgulloso.

MUJER La que no se siente orgullosa soy yo.

CIEGO En tal caso, considérese exonerada.

MUJER (Sonríe) Gracias.

Pausa.

Lo vi una vez, en París...

CIEGO ¿En París?

MUJER En el Metro...

Pausa.

CIEGO (Disimulando su emoción.) En la escalera mecánica de la estación del Boulevard Saint Michel ...

MUJER (Sorprendida.) Exacto. ¿Cómo advinó?

CIEGO Usted llevaba una pollera plisada color marrón y un suéter color pastel. Y traía un libro bajo el brazo... "La educación sentimental", precisamente...

MUJER (Desconcertada.) ¿Cómo es posible que se acuerde?

CIEGO Por lo mismo que se acuerda usted.

Pausa.

MUJER Era mi último día en París...

CIEGO Eso explica por qué nunca volví a encontrarla...

MUJER (Incrédula.) ¿Trató de encontrarme?

CIEGO Incesantemente.

Pausa.

¿Usted dice que venía a mis conferencias?

MUJER Sí. Pero como le dije, me sentaba en la última fila.

CIEGO ¡Qué lástima! Ya para entonces no podía ver de muy lejos...

Pausa.

MUJER ¿Usted no tiene a veces la sensación de que algunas vidas han sido trazadas de tal forma que en algún momento, necesariamente, habrán de cruzarse?

CIEGO ¿La tiene usted?

MUJER Ahora sí.

CIEGO Yo he pensado mucho en todo esto. Desgraciadamente, mi agnosticismo no me permite imaginar más destino que la casualidad, ni reconocer otra divinidad que las matemáticas. Cuando era joven y veía, tenía complejas preocupaciones metafísicas, ¿sabe? Trataba de entender nociones como el tiempo y la eternidad. Paradójicamente, fue la ceguera la que me ha permitido entenderlas.

MUJER ¿Cómo es la eternidad?

CIEGO La imagino como una vasta biblioteca de infinitos anaqueles que contiene todas las historias: las historias de lo que ha sucedido y las historias de lo que habría pasado si lo que no pasó, hubiera ocurrido. Batallas perdidas que se trocaron en triunfos, heroicos guerreros que en lugar de morir, sobrevivieron para tejer otras historias e hilar otros destinos, vidas que se cruzan donde antes se desencontraron. En esa eternidad formada de mundos que constantemente se bifurcan en otros mundos similares que siguen un curso diferente está, estoy seguro, la historia de nuestro encuentro en París. Yo, con la agilidad de un simio, he saltado al otro lado de la escalera mecánica y con el aplomo que nunca he tenido, le he confesado mi inevitable pasión. No sé qué ha hecho usted, pero la historia que de ahí en más se hilvana debe estar guardada en un viejo volumen, en la biblioteca de la eternidad. Hay, estoy seguro, un mundo donde su hija he llegado a Londres sana y salva y el banquero ha vuelto a su casa, a tiempo para la cena. Hoy, por algún extraño capricho del azar, ese intrincado laberinto de encuentros y desencuentros, nos ha reunido en este banco de la plaza San

Martín.

Pausa.

MUJER ¿Puedo tomar su mano?

CIEGO (Dándole la mano.) Claro. Nada me haría más feliz.

Se quedan un instante en silencio, tomados de la mano.

MUJER Quisiera haber tenido este coraje treinta años atrás...

CIEGO El amor ignorado, señora, siempre vuelve a pedirnos cuentas.

Se escucha la música del comienzo. La luz desciende lentamente.

Mario Diamant. Correo electrónico: diamentm@aol.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Enero 2006

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar